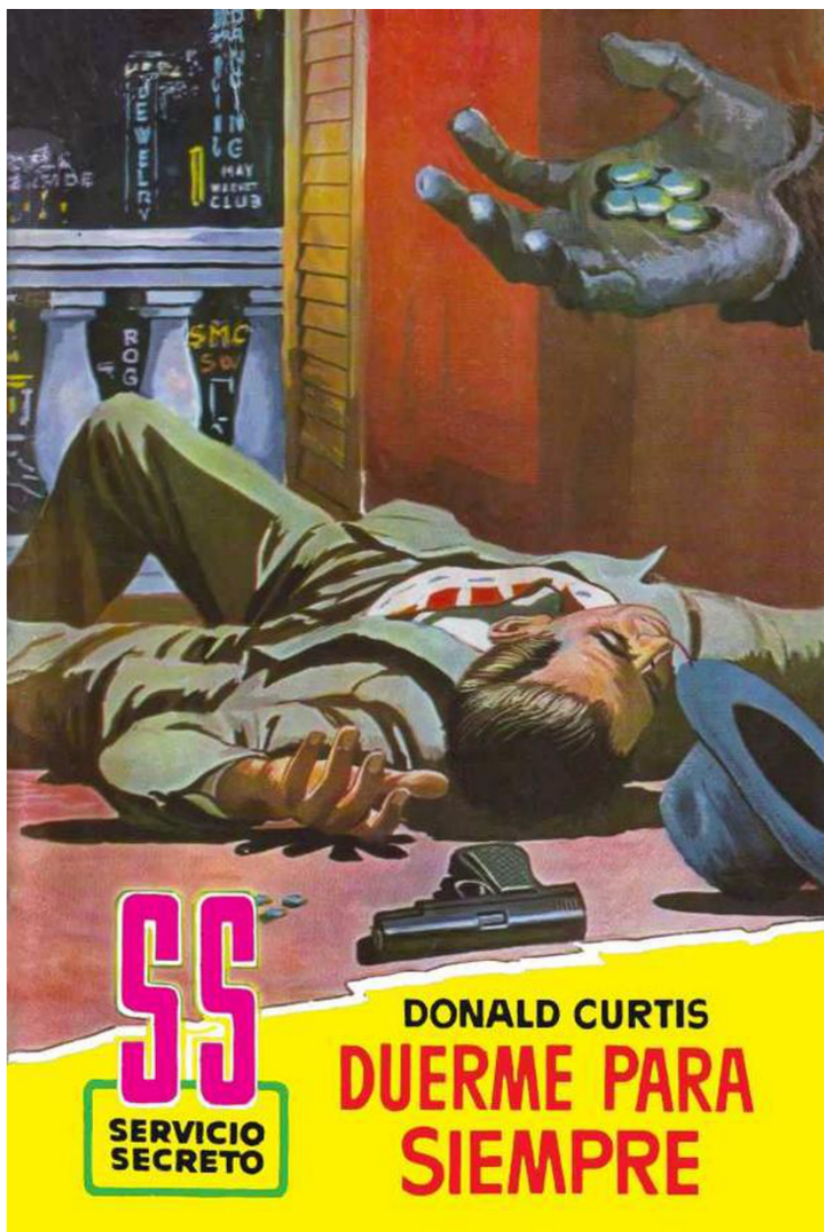

JEWELRY
CLUB
SS
SERVICIO SECRETO
DONALD CURTIS
DUERME PARA SIEMPRE

DONALD CURTIS

¡DUERME PARA SIEMPRE

1.ª EDICIÓN
AGOSTO - 1961



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 10.251 - 1961

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1961

N. R. 3530/61

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
652 — Guantes negros. 665 — Dedos mortíferos. 668 — Sangre de Caín.

En Colección SERVICIO SECRETO:
566 — Dos hacia la muerte. 569 — Reportaje para el crimen. 573 — ¡Ella sabe demasiado!

En Colección BUFALO:
330 — Paso a un forastero. 346 — Gatillo. 356 — Centauros negros.

En Colección PANTERA:
8 — La carga de Llano Rojo. 35 — Rancho perdido. 43 — Destino: Muerte.

En Colección TEXAS:
174 — Es mi venganza. 192 — La muerte llegó con él. 205 — El revólver es mi ley.

En Colección CALIFORNIA:
188 — El odio tiene raíces. 199 — El exterminador. 250 — Los que no olvidan.

En Colección COLORADO:
22 — La herencia de Caín. 47 — La dama de Santa Fe. 128 — Buitres sobre Tejas.

En Colección KANSAS:
7 — Doctor "Colt".

En Colección ASES DEL OESTE:
99 — Sierra turbulenta. 105 — El valle del odio. 118 — Los ángeles no matan.

DUERME para SIEMPRE

por DONALD CURTIS



CAPÍTULO PRIMERO

La pistola se apoyó en su sien. Era automática. Del nueve largo.

—Vamos, Kirby. Sin hacer aspavientos, ¿eh?

La pelirroja del seno agresivo, quiso chillar. Todas quieren gritar en casos así. Él la hizo callar, aplastando la mano contra su boca. Se llenó de *rouge*. Pero ella no gritó.

—Quieta, muñeca —dijo—. No es para tanto.

El de la pistola miró alrededor. No le gustaba que la cosa se prolongara. Podía entrar alguien en el reservado del *Palladium.*

—Si su chica empieza a pegar gritos, tendré que agujerearles a los dos —explicó—. Son las órdenes.

—Ya veo —Bryan Kirby suspiró. Sabía suspirar con elegancia, aun con el cañón de una automática barrenándole la sien—. Tú eres «Fats», ¿verdad?

—Infiernos, no importa quién sea yo. En marcha de una vez —resopló el tipo. Era gordo, adiposo, y estaba sudando mucho. Su piel parecía pura grasa temblona. Pero la mano rolliza no templaba—. Estoy empezando a perder la paciencia.

—Lamentable, mi querido amigo —rió el amenazado, suavemente—. La paciencia nunca debe perderse, si se quiere llegar a alguna parte.

—Usted no llegará, si sigue diciendo tonterías. ¡Vamos ya!

—La invitación empieza a perder su elegancia —Bryan Kirby se puso en pie. Aunque se levantó bruscamente, los movimientos de su larga figura eran elásticos y suaves. Lo cual no impidió que la pistola apretara un poco más en la sien. Kirby sonrió—. Cuidado, «Fats». Se te puede disparar. Y a Attenborough no le gustaría mucho…

—¿Quién diablos le ha dicho que…? —resopló de nuevo. Sudaba más, aunque eso, un segundo antes, le hubiera parecido imposible a Kirby. La camisa blanca estaba empapada, y el *smoking*, arrugado y

burdo, no le sentaba bien al tipo.

Bryan Kirby estaba erguido. Se estiró calmosamente la americana, impecable, del *smoking* azul cobalto. Se afirmó el lazo, mientras la mano zurda de «Fats» recorría su anatomía en busca de un arma.

—Pierdes el tiempo, amigo. No llevo pistola —miró a la pelirroja. Estaba tan inclinada sobre la mesa, que el traje de noche resultaba inútil para su busto—. Sería una falta de corrección beber champaña con una dama, en un reservado del *Palladium*, armado como un *gángster*, ¿verdad, mi querida Googie?

Ella vaciló. Tenía la pintura de los labios corrida. Y no sólo por la mano de Kirby. Respiró fuerte, y el escote peligró aún más. A «Fats» se le desorbitaron los ojos.

—¿Qué van a hacerte, amor? —deseó saber ella.

—Depende —Kirby se encogió de hombros—. Attenborough no es mal chico, cuando no está demasiado furioso. Espero que ahora no lo esté.

—¿Y si no fuera así?

—¡Psé! —Kirby esbozó una sonrisa impecable—. Hay quien dice que alimenta una docena de caimanes en un foso, bajo su despacho, cuyas aguas vienen directamente del Támesis. Pero siempre se exagera.

La cara de Googie se puso del color de la mayonesa. No estaba guapa así, y Bryan Kirby empezó a sentirse decepcionado. Miró a «Fats» casi amistosamente.

—Vamos, muchacho —dijo—. Tal vez sea mejor…

Salieron del reservado. La joven se quedó sola, con su cara pálida, sorbiendo rápidamente la copa de champaña, quizá para devolver a sus mejillas el color natural, que disimularía un poco más las feas manchas de pintura.

—Salga de ahí, grite o llame la atención de alguien, y le agujerearé su bonito seno —había dicho «Fats» como despedida, en su afán de ser galante, aun diciendo una cosa así.

Bryan estudió en silencio al otro hombre de etiqueta, erguido en el corredor coquetón y pulcro de los reservados. Era alto, enjuto y muy moreno. Tenía la cara tan afilada como la hoja de un cuchillo. No empuñaba armas. Pero el bulto de su americana, no lo producía una pitillera.

—El segundo gorila, ¿eh? —Kirby torció el gesto—. Attenborough me defrauda, «Fats». ¿Se creyó que necesitaba un ejército para mí solo?

El aludido gimió algo, y el tipo delgado llegó hacia él. Le miró con mal gusto.

—Es de esos que se creen graciosos, ¿eh? —Gruñó de mal humor.

—¿He dicho alguna gracia? —indagó, ingenuamente, Kirby.

—¡Vamos ya! —El tipo delgado era menos educado que «Fats». Le pegó un empellón, situándose al lado opuesto al ocupado por el gordinflón. Le aferró por un brazo con violencia—. Y si intenta algo al cruzar la sala, o la puerta, le coseré a balazos.

—He oído eso infinidad de veces en los últimos minutos —suspiró Kirby—. Su falta de variedad es lamentable, muchachos. ¿Quién ha pensado en escandalizar? Estamos entre caballeros, recuérdenlo.

El otro le miró desconcertado, cambió una mirada de ira con «Fats», y masculló:

—Este tipo me revuelve las tripas. ¿Para qué lo querrá el jefe?

—Puede ser que haya un contrato cinematográfico en perspectiva —rió Kirby, caminando ya entre ellos—. ¿Se han fijado en lo mucho que me parezco a Dean Martin?

—Por todos los diablos, cierre el pico —le atajó brutalmente el tipo enjuto, pegándole de refilón una bofetada en la boca.

Bryan obedeció, sin perder su aire altivo y sereno. «Fats» le miró de reojo y gimió entre dientes:

—Oh, Lud, este Kirby me pone enfermo… Y lo malo es que tiene razón. Se parece mucho a Dean Martin…

—¡Calla de una vez, imbécil! —Fue todo lo que le respondió su compinche.

Attenborough podía pasar por un caballero en cualquier parte. A pesar de ello, no lo era.

—Bueno, chicos, hagan entrar a nuestro invitado —dijo, con cierto sentido del humor, dejando su cigarro en un cenicero de porcelana, para levantarse como en una recepción auténtica—. ¿Se ha portado bien?

—No del todo, patrón —se quejó «Fats»—. Es un tipo bromista. Se pasó el viaje diciendo cosas graciosas. Incluso nos cantó «Río

Bravo» para demostrarnos que hasta en la voz se parece a Dean Martin…

—Bueno, bueno —Attenborough frunció el ceño, mirando a Kirby, y agitó una mano sobrecargada de anillos de oro y brillantes —. Ya sé cómo es. Déjenle actuar a su modo. ¿Molesto por mi invitación, amigo?

Bryan enarcó una ceja, miró a Attenborough con calma, y respondió:

—¿Usted qué supone?

Luego se sentó con calma en una silla, tras mirar cuidadosamente la otra, de asiento forrado en un vivo tono rojo. Attenborough observó su elección, cambió una mirada rápida con «Fats» y Lud, y preguntó.

—¿Por qué se sienta ahí, Kirby? Esa otra silla es más cómoda.

—No, gracias —hizo un gesto de humildad—. No me gusta el tapizado rojo.

Attenborough achicó las pupilas. Hizo un gesto a sus hombres. Ellos se marcharon. El magnate de los bajos fondos de Londres, extendió su mano hacia una caja dorada, que posiblemente fuese, además, de oro.

—¿Un cigarro?

—No, no —Kirby introdujo la mano en la americana del *smoking*, bajo la mirada atenta de Attenborough. Extrajo una pitillera. Los cigarrillos eran largos, emboquillados. Aspiró el humo de uno, con deleite. Parecía estar en el antepalco del Carnegie Hall, esperando un buen concierto o una representación de *ballet*. Explicó—: Prefiero los cigarrillos. Un caballero, nunca debe fumar habanos.

Attenborough, que iba a dar una chupada a su cigarro, se detuvo a medio gesto. Miró a Kirby, luego con pena a su cigarro. Finalmente, lo aplastó en el cenicero, clavando los ojos en el visitante. No disimuló su irritación.

—De acuerdo, Kirby. No soy un caballero —refunfuñó—. Y usted es todo un *gentleman*. Los hombres le admiran, y las mujeres se rinden a su gracia y a su elegancia. Pero los dos somos iguales. Dos rufianes de la peor especie. ¿O va a disimular conmigo?

Bryan rió entre dientes, y cruzó sus piernas, cuidadoso con la raya del pantalón.

—No he sugerido tal posibilidad, mi querido Attenborough —manifestó, con un bostezo—. Jamás dejé de admitir que fuese un hombre de ciertas especialidades, mal miradas por la sociedad. Si a esa profesión o carrera, se la define como «ser un rufián»… pues bien, somos rufianes. Usted y yo, por supuesto. Ahora, de rufián a rufián: ¿para qué me ha mandado llamar en forma tan poco propia entre «colegas»?

—Escuche esto, Kirby —le apuntó con el dedo, como amenazándole vivamente—. Usted podrá ser o creerse muy importante. Pero no olvide que, en Londres, yo soy el amo. No hay nadie con más poder que yo. Y mi fuerza se extiende, incluso, a otros lugares más distinguidos, como Whitehall o Mayfair. No soy un capitoste vulgar.

—Claro que no, Attenborough —rió Kirby entre dientes, señalando la silla roja—. Un capitoste vulgar no mantiene caimanes en el agua del Támesis, bajo la trampa de una silla de tapizado rojo e inocente apariencia, ¿no cree?

—¿Eh? —Attenborough parpadeó, sorprendido. Luego, rió de buena gana—. ¿Se refiere a eso? No, no, creo que le informaron exageradamente, Kirby. La silla tiene su truco…

Y lo probó. Lo probó, apretando un resorte, sin duda con un pie, porque las manos no las movió en absoluto. La silla desapareció, engullida por el suelo. Un recuadro oscuro apareció en su lugar. E inmediatamente lo cubrió una nueva plancha que se confundía con el suelo. Pero antes, se percibió un chapoteo, allá al fondo.

—… Pero el truco no es tan espectacular —concluyó, beatífico—. Hay agua, sí. Y del Támesis, pero sin caimanes.

—Menos mal —suspiró Bryan—. Morir ahogado, no es tan terrible como morir devorado por esos viscosos animalitos. Pero sigue demostrando que no es un cabecilla vulgar. A pesar de lo cual, ¿qué hace? Sacar al pobre Kirby del lugar de una cita galante para mostrarle las maravillas de su santuario en Soho. ¿Y por qué?

—Porque le necesito, Kirby.

—Muy bien —no parecía inmutarse por ello—. Continúe.

—¿No le sorprende lo que le digo? —preguntó Attenborough.

—Claro que no. Si me trae con sus gorilas, es porque necesita algo de mí. Si yo lo necesitara de usted, es probable que no se molestase por complacerme. Desembuche; no se avergüence de

necesitar a alguien. Los reyes del ajedrez, perecerían, a no ser por los humildes peones que cubren sus posiciones previamente. Siempre ocurre así.

Attenborough parpadeó. Kirby le desconcertaba. Eso sucedía siempre. A la vez, parecía gustarle. Algo que también ocurría siempre…

—Bueno, yo… Es una necesidad especial —comenzó, tratando de dar rodeos.

Kirby le atajó, impasible.

—Sin circunloquios, amigo. Al grano.

—Sí, será mejor. Usted ha sido contrabandista algún tiempo. Un hábil contrabandista.

—Peligrosa afirmación. La policía pretendió demostrarlo, sin éxito.

—No me importa la policía, sino usted. Necesito a un contrabandista muy hábil.

—¿Para qué?

—Para llevar algo muy valioso a los Estados Unidos.

—Entiendo —suspiró, echando atrás la cabeza. Contempló unos cercos de humo subiendo hacia el techo graciosamente—. Me decepciona, Attenborough. Demasiado vulgar.

—No lo ha entendido. No va a ser un contrabando corriente.

—¿Ah, no? ¿Qué debo introducir en la hermosa y civilizada América del Norte? ¿Bombas atómicas?

—No. Sólo esmeraldas. Las más bellas y costosas esmeraldas que vio jamás. Y también las más buscadas por el Departamento de Represión de Contrabando, de Colombia.

—Si entrasen en los Estados, evidentemente alcanzarían un valor muy superior, ¿no?

—Eso me tiene sin cuidado. Son para un regalo.

—¿Un regalo? —Kirby bajó la cabeza. Parecía interesado.

—Sí. Mi regalo para una mujer a la que amo. Ridículo, ¿no? —Attenborough parecía avergonzado de su confesión.

—Por el contrario. El amor es algo profundamente humano, amigo mío. Y no se considere ofendido si le confieso que no lo esperaba de usted.

Attenborough no supo si enfadarse o seguir hablando. Su faz ancha, broncínea y saludable, de próspero negociante de la City,

reflejó tolerancia para el extraño e irritante humor de Bryan Kirby. Continuó, ignorando el comentario de su visitante:

—Ella es una mujer maravillosa. La cortejarán muchos hombres ricos y poderosos. No quiero quedar por debajo de ninguno, ¿entiende? Y nadie, salvo Dennis Attenborough, puede ofrecerle algo semejante.

—¿Por qué no la hace venir a Inglaterra? Será más fácil eso, que pasar las esmeraldas…

—No, no. Ella jamás vendría a Inglaterra. No puede dejar sus compromisos. Es una gran figura del *musica hall*. Actúa en Las Vegas.

—¿Las Vegas? ¿Hasta allá debo llevar esas esmeraldas? ¿Y sólo para entregárselas a una mujer hermosa, que se exhibe en un escenario?

—Eso es. No me dirá que es vulgar.

—Es un disparate —suspiró Kirby—. Pero me gustan los disparates. Y éste tiene algo de romántico. Había prometido no volver a hacer contrab… Bueno, me había prometido algo a mí mismo. Aplazaremos la promesa. Éste será mi último viaje con algo valioso encima… y encantadoramente ilegal, por supuesto.

Luego, soltó una leve carcajada, y Attenborough, como el que se ve quitado un gran peso de encima, la coreó de buena gana.

CAPÍTULO II

La chica era rubia. Y tenía todo cuanto debían tener las chicas que le gustaban a Kirby, y en las debidas proporciones.

Estaba sonriendo, mientras sorbía su Coca-Cola con una pajita azul celeste, que los dientes mordisqueaban golosamente. Miró a su compañero.

—¿Su primer viaje a los Estados Unidos?

—En cierto modo, si —asintió Bryan Kirby—. Hice uno como soldado. Ése no cuenta. Uno, cuando va de militar, sólo conoce de un país, sus cuarteles y sus peores rincones. Que entonces, son los mejores para uno.

Ella rió de buena gana. Lo hacía echando atrás la cabeza y adelante el busto. El resultado, con aquella blusa tan ceñida y liviana, era impresionante.

—No creí que fuera tan viejo, como para haber combatido en la Guerra Mundial —juzgó.

—Mi querida jovencita, me ofende usted. Combatí en Corea, con una patrulla inglesa de las Naciones Unidas. Antes de llegar, estuvimos acuartelados, unos días, en San Francisco de California.

—Eso está mejor. Había llegado a asustarme —cruzó sus bronceadas piernas, estirándose perezosamente en la hamaca de cubierta. Los *shorts* blancos acostumbran a ser cortos. Pero no tan endiabladamente cortos. Por fortuna, Kirby era hombre de experiencia—. ¿Se ha dado cuenta de una cosa?

—Me he dado cuenta de muchas cosas. ¿A cuál en concreto se refiere?

—Sin malicia. En los días de travesía que llevamos, hemos hecho una buena amistad. Y sólo sé que se llama Kirby, y usted no sabe de mi sino que me llamo Helen. ¿No le parece muy poco?

—Por el contrario, mi bonita señorita Helen —se inclinó,

palmeando suavemente una rodilla de la joven. La expresión de sus ojos, tras las gafas oscuras, era hermética—. He ahí lo más encantador de las amistades a bordo. Dos personas se encuentran, se hacen amigas o amantes, ignorando casi todo uno del otro. Y antes de llegar a saberlo se termina el viaje. Otra cosa, sería romper un delicioso misterio.

—Usted me gusta —dijo ella de repente, con gran desfachatez—. Me gusta mucho, Kirby.

—Eso debería decirlo yo —sonrió Bryan, divertido—. Sería más lógico, ¿no cree?

—No me gusta la lógica. Me gusta usted. Somos amigos. Seamos amantes.

Kirby la estudió en silencio. Luego, borró su sonrisa y se puso serio.

—Muy bien —aceptó—. Seámoslo. Solamente los tontos rechazan la fruta del árbol, si está a su alcance, mi querida Helen.

Se inclinó, y cubrió la boca de ella con la suya. La rubia Helen, compañera de a bordo, no se apartó. Sus brazos rodearon a Kirby.

El bofetón arrojó a Helen contra la cama.

Ella chilló, enfurecida. Buscó algo con la mirada, pugnando por levantarse. Se encontró con una mano férrea que se enroscó en torno de su muñeca, apretándola hasta hacerla gemir de dolor, retorciéndose bajo la dura expresión del hombre.

—Bueno, muñeca, cuentos aparte —Kirby se expresaba ahora con mucha menos elegancia que en el resto del viaje—. ¿Qué es lo que pretendes?

—Te… te amo, Kirby… —jadeó ella—. Y tú… me maltratas así…

—Sé que soy irresistible —rió él con sarcasmo—. Pero no tanto, pequeña. A ver, ¿quién te metió en este barco, con la misión de escarbar en mí lo más hondo posible?

—Kirby, cariño, compréndelo. Yo te quiero y…

Esta vez, tuvo menos suerte. O Kirby menos miramientos con su sexo y sus encantos. Porque la zurda del viajero restalló dos veces consecutivas, con el mismo ruido que harían dos tablas entre sí. Enrojeció la cara de la joven, que empezó a llorar. Pero parecía un recurso totalmente inútil con Kirby, porque el aventurero la aferró ahora por su hermosa melena rubia, y estiró de ella hasta que la

mujer aulló, profiriendo palabras soeces, nada en consonancia con su encanto y su aparente distinción.

—Eso está mejor —dijo Kirby—. Yo siempre aseguré que el dolor y la ira quitan a la gente su caparazón falso. Ese vocabulario no te lo enseñaron en Oxford ni Cambridge, por supuesto, mi pequeña tigresa. ¿Vas a soltar ahora la lengua, o prefieres que te afeite tu hermosa cabellera al rape? Sería muy capaz de hacerlo.

Sus ojos se fijaron en unas tijeras del tocador. La rubia Helen advirtió la dirección de la mirada y se rebulló con violencia en el lecho. Agitó sus piernas, rabiosamente, al chillar:

—¡No, no! ¡Eso no! ¡Salvaje, bruto!

—Bien. Entonces, habla.

—¿Qué… qué quieres saber? —jadeó ella.

—¿Quién te ha enviado detrás de mí en este viaje, preciosa?

—El… el Doctor.

—¿El Doctor? ¿Qué juego es ése? No tienes aspecto de enfermera. Subiría la temperatura de los enfermos.

—No… no es un doctor vulgar… Le… le llaman «El Doctor».

—Eso es diferente. ¿En qué clase de enfermedades se ha especializado tu patrón?

—En las mortales —dijo ella fríamente, mirándole con sus ojos muy abiertos. Empezaba a recuperar su compostura. Incluso se esforzó por que un botón más de su blusa se soltase. Y se soltó. Pero Kirby sabía conservar la cabeza, firme contra esa clase de tentaciones—. Sólo que él, en vez de curar… mata. Me matará por este fracaso, Kirby.

—Bueno, te llevaré bonitas flores cada aniversario, no sufras. ¿Qué quiere ese «Doctor»?

—Tú lo sabes.

—Yo no sé nada. Di las cosas claras, o te arranco la ropa a tiras.

—No te atreverías —rió ella, procaz.

—Claro que sí. Pero no iba a gustarte. Porque con la tela, iría tu piel, encanto.

Ella se mordió el labio inferior, irritada. Sus encantos no servían de nada con aquel tipo. Además de irritarla, la ofendía. Prosiguió, entre dientes:

—«El Doctor» sabe que viajas por cuenta de Attenborough. Y que llevas algo de valor contigo. Lo quiere. A cualquier precio.

—¿Aun matando?

—Ése es el precio que menos le cuesta pagar.

Kirby, ceñudo, estudió a la muchacha. «El Doctor» sabía hacer las cosas. Helen era una mujer estupenda. Lástima que fuese una víbora.

—¿Quién es, exactamente, «El Doctor»?

—No lo sé —ella mostró cierto terror en el fondo de sus pupilas—. Eso, nadie lo sabe.

—¿De veras? ¿Cuándo aparece ante ti va encapuchado, o lleva antifaz? —se burló Bryan.

—Ni siquiera aparece ante una. Tiene nuestros teléfonos. Los de todos sus agentes. Nos da órdenes. Nosotros tenemos su teléfono también. Pero el número no figura en ninguna guía. Nos paga también a domicilio. Y no nos molesta mucho.

—Un hombre bien organizado. El hampa se moderniza —suspiró Kirby—. El pobre Attenborough se llevaría una desilusión, si supiera que alguien le hace la competencia con una cuadrilla de rufianes, por teléfono —pareció caer en la cuenta de algo y miró a la chica—. Porque «El Doctor» está en Inglaterra, ¿verdad?

—No lo sé. Nunca le vi, ya te lo he dicho. Pero parece lógico suponer que está allí. Aunque él opera en todas partes.

—En todas partes… —Kirby meditó el desagradable alcance de la expresión. Estados Unidos era una de esas «todas partes»—. Bien, vas a darme ese teléfono. El del «Doctor».

—¡Nooo! —chilló ella, trémula—. ¡Sería tanto como condenarme a muerte! ¡Él me matará!

—Y si no me lo das, te mataré yo —aseguró risueñamente Kirby—. Elige, encanto.

—Prefiero… prefiero morir ahora. A tus manos, Kirby. Él sería mucho más cruel…

Bryan suspiró. Ése era un punto que dificultaba las cosas. La chica no hablaría si tenía miedo a la clase de muerte que administraba el misterioso «Doctor».

—Bueno; entonces voy a terminar yo el asunto a mi modo, preciosa. Te perjudicaré lo menos posible.

Conectó un seco impacto, con el puño, al mentón de la joven. La dejó inerte, desvanecida sobre el lecho. Pudorosamente, le abotonó la blusa, comentando con frivolidad:

—A lo mejor te resfrías —luego le miró las largas y bellas piernas desnudas, el breve *short* y se dijo que no adelantaba gran cosa con taparle por el otro lado.

Empezó a registrar el camarote. Rápida, ordenada y concienzudamente. No era la primera vez que registraba un lugar, en busca de algo realmente difícil. Tenía experiencia.

Recorrió todo. Maletas, cajones, armario ropero, vestidos, zapatos, pasaron bajo su aguda mirada y sus diestras manos. La chica no parecía llevar consigo ninguna agenda. Eso no era convincente. Aunque también era probable que llevase el teléfono del «Doctor» en su memoria.

Se paró en mitad del camarote, reflexionando. Entonces llamaron a la puerta. Volvió la cabeza, indeciso. Esperó en silencio. La llamada se repitió. Suavemente, con unos nudillos. Tampoco esta vez se movió. Si el que llamaba, creía vacío el camarote, se marcharía otra vez.

Pero quienquiera que fuese, insistió.

Lo hizo una vez más. Y ahora, añadió con voz servicial:

—Señorita Loring, un radiograma urgente de Londres.

Kirby lo lamentó por la reputación, a bordo, de Helen Loring. Pero era mejor atender al *steward* del trasatlántico. Con voz pastosa, soñolienta, respondió, tras provocar un crujido del lecho:

—La señorita Loring duerme, camarero. Eche el radiograma por debajo de la puerta.

—Lo siento, señor —la voz del *steward* no denotaba demasiada sorpresa por el hecho, bastante frecuente, de que una dama de a bordo recibiese visita del otro sexo en su camarote—. Pero debe firmar.

—Bien, espere… —Kirby se quitó la americana, soltó su corbata, desabotonó la camisa, y después de cubrir a la inconsciente Helen con la colcha, deshizo la cama y avanzó hacia la puerta. Abrió—. Deme eso, camarero. Ella firmará en un momento…

El *steward* le contempló, malicioso. Vio a la dama en el lecho. Sonrió, tendiéndole el radiograma. Kirby se confió.

Al tomar el despacho radiotelegráfico, comprendió su error. Pero ya era tarde. El joven *steward* pegó un empellón a la puerta, y en vez de sacar un lápiz de su bolsillo, extrajo una pequeña y plana automática, cuyo tamaño no reduciría en nada su mortífera eficacia,

llegado el caso.

—¡Adentro, Kirby! —amenazó, sibilante, saltando al interior del camarote, y cerrando tras sí.

Luego, mientras Bryan obedecía, adelantó la mano armada. Le pegó un seco golpe, en la mandíbula, con el cañón de la automática. Kirby lanzó un gemido y cayó de bruces sobre la alfombra del camarote.

CAPÍTULO III

El *steward*, nada más derribar a Kirby, se aproximó a la puerta del cuarto de baño. Se inclinó sobre el lavabo, y sus dedos buscaron debajo de la pequeña pila de loza blanca. Arrancó unas tiras de esparadrapo. Salió, con ellas, una pequeña agenda de tapas azules y aspecto inocente. Pero no debía de ser muy inocente, a juzgar por lo que el *steward* de corta chaqueta blanca y gorra de plato había hecho para obtenerla.

Contempló con fría sonrisa a los dos inertes ocupantes. Luego, extrajo algo de su bolsillo. Era cilíndrico, gris y metálico. Lo ajustó al cañón de su automática. Cualquier persona relacionada con armas de fuego, hubiera dicho que parecía un silenciador. Y lo era.

Levantó el arma hacia Helen Loring. La mataría antes a ella. Los ojos reflejaban eso precisamente: afán de matar. Luego, se ocuparía del hombre caído en la alfombra. Acaso lo hizo así porque la rubia empezaba a rebullirse ligeramente en el lecho. Salió una de sus largas piernas bronceadas, de entre los pliegues de la alcoba.

El *steward* no se dejó ganar por tan femenino encanto. Metió el índice en el gatillo. Sólo faltaba apretar, y la rubia cabeza de una chica bonita y bien formada, se iría al diablo, hecha pedazos por un feo objeto puntiagudo, de duro níquel.

Si antes, Kirby había cometido un error, ahora fue su antagonista quien cayó en él. Ese error, fue confiar demasiado en sí mismo. Y no esperar nada adverso del contrario.

Kirby parecía un auténtico fardo sobre la alfombra. Pero no lo era. No lo había sido en ningún momento, desde que recibió el impacto de pistola en la mandíbula. Le dolió mucho, pero no lo bastante para desvanecerlo. Sin embargo, su experiencia le decía que un desvanecimiento a tiempo, puede ser muy útil. Ahora lo era.

Vio al *steward* recoger el librito azul del lavabo. Le vio regresar, aplicar el silenciador a la pistola, y apuntar a Helen. Luego él entró

en acción.

Saltó como un gato encogido que se dispara hacia adelante… Eso lo había aprendido hacía años. Y sus músculos, elásticos, bien entrenados siempre, seguían fieles a la enseñanza. De una total inmovilidad, pasaba así a convertirse en un torbellino de actividad y violencia.

El *steward* quiso evitar el ataque. Giró el arma hacia él. E incluso disparó.

El ahogado «¡ploc!» producido por el arma y la sordina parecía inofensivo. La bala que rozó los oscuros y bien peinados cabellos de Bryan Kirby no lo era tanto. Pero se hincó, vencida, en un mueble del camarote.

Kirby cayó sobre su contrario, y lo derribó por el suelo. Le soltó un mazazo al rostro, que sacudió la cabeza del camarero, e hizo rodar su gorra de plato muy lejos, como si fuera un aro infantil.

Después, en una perfecta llave, dominó su brazo derecho, le giró la muñeca hasta hacerle aullar. El arma cayó sobre el linóleo. La tomó rápidamente, soltando al camarero.

Casi fue otro error. Porque el *steward* era terriblemente ligero y diestro. Mientras le dominó su derecha, la zurda no había estado inactiva. Ahora esgrimía un arma blanca, una navaja automática, que se disparó del mango con un chasquido. Iba a tirarla sobre Kirby. Y éste estaba seguro de que la navaja era un arma muy bien dominada por su dueño.

Disparó. No había otro remedio.

Tampoco tuvo tiempo de elegir blanco. Por eso disparó a la cabeza. El *steward* se quedó inmóvil, tras una sacudida. De sus dedos huyó la navaja, que golpeó el suelo. En el lecho, un gemido acogió el desenlace del choque.

Bryan Kirby giró su cabeza hacia la rubia Helen. Se había despertado. Pero posiblemente se desmayaría de un momento a otro, nuevamente, tras lo que había visto. El joven se incorporó, alisándose los cabellos. Sacudió de sus pantalones una imaginaria mota de polvo, sin soltar la automática.

—Sin aspavientos, muñeca —dijo, con voz impasible—. Está muerto. Muerto como mi tatarabuela.

—¡Oh, cielos!

—Las lamentaciones no resucitan a nadie —se quejó Kirby—. De

todos modos, tal vez te impresione un poco menos, si sabes que iba a vaciarte el cargador en el cuerpo, cuando dormías. Bueno, todo no. Hubiera reservado otra piececita de níquel para mí.

Ella se estremeció. Tenía el color de la mayonesa, como la pelirroja Googie en el «Palladium», cuando los gorilas de Attenborough fueron a buscarle. Pero a la Loring le sentaba bien cualquier color. Era endiabladamente bonita.

—Dios mío… —susurró—. Kirby, ¿has sido capaz de… de matarle?

—Claro. No es el primero. Pero siempre ocurrió así. Su vida o la mía. Elijo la mía en todas las ocasiones. De otro modo, sería un estúpido. Y los cementerios están llenos de estúpidos.

Se inclinó mientras ella sollozaba un poco. No hubiera sido mujer, si no hubiese llorado en una situación así. Kirby tomó la navaja automática. Apretó el resorte de la empuñadura, sacando y metiendo la hoja de acero. Tocó la punta del arma con un dedo. Lo retiró y probó con la punta de la lengua la leve grasa grisácea, que se adhirió a la yema.

—Veneno —dijo—. Un simple pinchazo en cualquier parte… y adiós Bryan Kirby. ¿Te das cuenta de la clase de gente con que nos tratamos, encanto?

—Veneno… —Ella incluso dejó de sollozar. Abrió unos ojos como faros de coche.

—Eso es. Veneno. ¿Acostumbra a ser el sistema utilizado por los esbirros del «Doctor»?

—Sí… —Rápida, rectificó, irguiendo su cabeza rubia—. ¡Pero yo nunca envenené a nadie!

—Me lo figuro. Eres hermosa. Lucrecia Borgia también lo era. Pero no todas las hermosas han de ser forzosamente Lucrecias Borgia. Al menos, quiero pensarlo así… —rió entre dientes, mirando el cadáver del camarero, con su poco decorativo orificio negruzco en la sien—. Bueno, habrá que deshacerse de éste. ¿Crees que notarán su ausencia a bordo?

—No, no lo creo… —Le miró, asustada—. Era un pasajero, cuando iniciamos el viaje. Ya imaginé yo que era un enviado del «Doctor»… por si yo fallaba. No es un auténtico camarero, Kirby.

—Deliciosa ingenuidad la mía —respiró Bryan—. Debí suponerlo así. Bien, eso facilitará las cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó ella, alarmada.

—¿Qué cosas van a ser? Deshacemos de este fardo tan molesto.

—No dirás… no dirás que crees fácil… una cosa así…

—Mi querida Helen, para ser un agente de ese peligroso y terrible «Doctor», me resultas de un candor inefable —rió Kirby, después de registrar los bolsillos del falso camarero, hasta encontrar el librito que buscaba. Lo guardó consigo, sin que ella lo advirtiese, sonrió más abiertamente y concluyó—: Dentro de poco, este molesto caballero reposará en el fondo del océano. Lamento no tener mejor tumba a mano para él…

Encendió un cigarrillo emboquillado, que extrajo de su pitillera. Se anudó la corbata, abotonó de nuevo su americana y exhaló el azulado humo con la misma paciente calma que si se dispusiera a pedir un aperitivo antes del almuerzo.

—¿Vas a denunciarme a la policía en Nueva York, Kirby?

Bryan separó sus ojos de la altiva y acogedora imagen de la Libertad, erguida en la entrada marítima de la gran ciudad. Se contempló en los cristales azules de las estilizadas y oblicuas gafas solares de la rubia dama acodada en la borda, junto a él.

—Posiblemente no, Helen —opinó tras una pausa—. No me gusta acudir a la policía, ¿sabes? Solamente si es absolutamente necesario. Y rara vez es preciso.

—La gente no opina como tú. La policía, para todos, es algo necesario.

—Bryan Kirby no es la «gente», querida —rió el desconcertante aventurero, contemplando ahora las aguas con aire pensativo—. Mis métodos son especiales.

—Entiendo. Temes que la policía meta las narices en esto. Y descubra la muerte del supuesto camarero de a bordo… y, sobre todo, lo que llevas de valor encima.

—Yo no temo nada, Helen. El día que empiece a temer a algo o a alguien dejaré de meterme en líos, y pediré una vacante en el Asilo de Ancianos de Londres.

Hubo un silencio. Los dos parecían realmente interesados en las aguas, aunque cada uno sabía que su interlocutor estaba pensando en algo muy diferente.

—Kirby, tienes mi agenda, ¿verdad? —preguntó ella, de repente.

—¿Qué agenda? —Bryan era la perfecta imagen del candor.

—Sabes bien a lo que me refiero. Aquel hombre me la quitó del lavabo. Me vigilaba, y comprendiendo que las cosas contigo iban mal, intervino para destruirla.

—Y destruirte a ti —le recordó Bryan.

—Sí —ella se estremeció—. No lo olvido. Eso quiere decir que «El Doctor» me ha sentenciado ya. Te lo dije. No tolera fracasos.

—Nunca lo dudé. La gente de su especie es así. Y la gente que se presta a trabajar para esa gente corre riesgos de esa clase.

—Tuve que aceptar, Kirby. Estaba hundida, abandonada por todos. Sin trabajo en Londres, después de abofetear en público al último de mis jefes, que quiso de mí algo más que trabajo en una pista. Me boicotearon los de su calaña. No había puesto para una chica rebelde. Luché con uñas y dientes mientras pude. Todo inútil. Debía una fortuna a mi patrona. Me iba a echar.

—Hoy otros trabajos. El *night-club* no es el único negocio en el mundo que admite chicas.

—No seas sarcástico, Kirby. Lo intenté todo. Me coloqué en una perfumería, en un cinematógrafo, en un estanco y en una fábrica de bombones de chocolate. Perdí todos los empleos. Siempre lo mismo. Anónimos pidiendo que me expulsaran. Si la empresa no accedía, bombas de mal olor, incendios «casuales», inundaciones por rotura de cañerías, y cosas así. Me vi ahogada. Nadie me aceptaba ya. Entonces surgió la proposición de trabajar para «El Doctor». No había otra salida.

—El tipo era influyente, ¿eh?

—Sí. ¿Has oído hablar de Paul Kenyon?

Kirby silbó entre dientes.

—Ahora entiendo —comentó—. Paul Kenyon. El segundo jefe de Londres. Attenborough es el primero. Cuando vuelva, puede que te recomiende a él. Kenyon ni siquiera chistará.

—Gracias por la oferta —se encogió tristemente de hombros—. No creo que nunca pueda utilizarla. «El Doctor» tiene agentes en los Estados Unidos. Me liquidarán.

—Posiblemente sí —Kirby arrugó el ceño—. Ahora supongamos una cosa: has triunfado en tu misión. Me has quitado las… bueno, lo que llevo conmigo. ¿Entonces, qué?

—No hagamos cálculos. Eso no ha ocurrido.

—He dicho *supongamos* que ha ocurrido. Llegas a Nueva York

con tu botín. ¿Qué hay entonces?

—Informo al agente en Nueva York. «El Doctor» se entera enseguida. Y todo resuelto. Yo entrego mi botín, y sale en avión hacia Inglaterra.

—Ya. Eso supone ganar unas fechas, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —Se intrigó ella, mirándole.

—Soy extremadamente sensible con las mujeres —suspiró Bryan Kirby—. Tal vez cometo un error. Pero vas a ganar la partida. Te daré el botín. Lo demás es cuenta mía… si tú sigues mis instrucciones, por supuesto.

—Un momento, Kirby. ¿A dónde vas a parar con eso?

—Al principio, tuve la desagradable sospecha de que podías ser una chica capaz de cortarle el pescuezo a cualquiera, si con eso sacabas adelante tu juego. Creo que no eres tan mala, aunque no seas precisamente un ángel. Después de todo, tampoco yo lo soy. Ni me gustan los ángeles sin alas. Te quiero ayudar. Salvarte de la guillotina del «Doctor».

—Pero eso sería inútil, Kirby. No se puede engañar al «Doctor» ni a sus agentes. Supongo que el que tenga en Nueva York será un experto en muchas cosas. Un fraude será descubierto en el acto. No resolverá nada, y empeorará las cosas. Si eso es posible.

—Para ti, difícil será que empeore nada —rió Kirby—. Pero tranquilízate. No te voy a dar ninguna cosa falsa que suplante aquello de lo que soy realmente depositario. *Te daré el auténtico botín que espera «El Doctor».*

—Oh, no… No serás capaz de una cosa así, ¿verdad, Kirby?

—Claro que sí. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Pero yo… yo podría cumplir mis instrucciones. Engañarte y dar el botín. Me va la vida en ello, recuérdalo. No tengo por qué ser fiel a nadie.

—Cuento con ello. Pero te conviene serme fiel a mí.

—¿Por qué? Si te ayudo, si sigo tu juego, «El Doctor» me matará…

—Y si me engañas… te mataré yo —rió fríamente, dirigiendo su mirada hacia las agujas de cemento y cristal de los rascacielos, recortándose como una extraña sierra rectilínea en el horizonte brumoso—. Elige, querida…

Helen Loring, muy pálida, se estremeció. Y terminó por susurrar:

—Está bien, Kirby. No sé por qué lo hago ni por qué confío en ti. Pero lo haré…

—Bravo. Empiezo a creer que eres algo más que una chica valerosa y bonita. Eres inteligente también.

CAPÍTULO IV

Helen Loring llamó un taxi. Subió a él y le dio la dirección del hotel previamente elegido en Nueva York: el «Ambassador». Estaba en Broadway. Era distinguido, sin ser el «Waldorf».

No sabía cómo se pondría en contacto con el agente neoyorquino del «Doctor». Tampoco sabía cómo podría estar Kirby cerca de ella, sin ser observado. Era un juego inútil, frente a un poder muy superior al que, individual o colectivamente, podían representar ellos.

Pero allí estaba ya. A través del rectilíneo trazado urbano de la ciudad. Camino del «Ambassador», en la Cuarta Avenida.

Tenía reservado alojamiento. Una habitación confortable, sin suntuosidades superfluas. Un buen lugar a pesar de todo. Se dejó caer en una butaca, con un suspiro de alivio. Su mirada se clavó en la maleta blanca y negra, que reposaba sobre la cama.

Era idéntica a la de Bryan Kirby, gemela de la de éste. Había pasado la aduana neoyorquina junto a la de Kirby. Luego, fuera del *dock* destinado a las Aduanas, se había realizado el cambio.

Bryan Kirby se había detenido junto a ella. Depositó en tierra su maleta. Y ella la propia. Hubo un rápido trueque. Kirby se llevó la de Helen. Ella, la de Bryan.

Se incorporó, con un pliegue de preocupación en su frente. Abrió la maleta. Removió las ropas masculinas, mezcladas con algunas femeninas, que habían hecho sonreír a los funcionarios de la Aduana cuando registraron el equipaje de Kirby.

Allí estaba el estuche con la máquina de afeitar eléctrica. Una prenda poco apropiada para una mujer, que hubiera hecho sospechar a los aduaneros. Así, todo resultó mejor. Se registró la funda. Pero no la máquina en sí.

Helen la contempló. Una vulgar máquina eléctrica, de forma casi oval. Pero allí dentro iba el botín. Kirby se lo había mostrado antes,

a bordo del transatlántico.

Unas hermosas esmeraldas. Las más bellas que Helen viera jamás. Verdes, fascinantes. De un tamaño inusitado. Quizá valían medio millón de libras, o más.

Cerró de nuevo el estuche de la máquina de afeitar. Lo dejó fuera de su maleta, cerró ésta y la depositó en un armario adosado al muro de la habitación. La máquina de afeitar y el estuche fueron a parar a su bolso de mano. Luego, volvió a sentarse, encendió un cigarrillo *Abdullah* y fumó lentamente, con aire pensativo.

Dejó de fumar cuando sonó el timbre del teléfono. A su pesar palideció. Se puso en pie, acercóse al receptor, de un decorativo color verde. Lo dejó sonar dos veces más, aplastó el cigarrillo en un cenicero y descolgó.

—Señorita Loring, no se retire —habló el telefonista—. Llamada para usted.

Esperó, con los nervios tensos. La voz que sonó no tuvo nada de terrorífica ni inquietante. Era pastosa, educada, casi jovial:

—Helen Loring, ¿verdad?

—Sí —dijo en un murmullo—. Helen Loring. ¿Y usted?

—El agente en Nueva York. Agente del «Doctor», ¿entiende?

—Claro —se mordió el labio inferior. Debía estar muy pálida. Tenía la piel helada, pero sudaba—. Acabo de llegar.

—Lo sé. El «Estrella de América» ha anclado hace cuatro horas. Me informo bien.

—Es natural —respiró con fuerza—. Lo tengo conmigo.

—¿Trae la mercancía, pues?

—Sí.

—Enhorabuena. El jefe no creía que fuese capaz de ello.

—Gracias. ¿Cómo debo entregarla?

—Paciencia. Esta noche, a las once. Oficinas generales de la *Medical Agency Cº*. Calle West Side, 232, entre las calles Hubert y Beach. ¿Sabrá llegar?

—Sí.

—Estaré solo. La espero. ¿No venía nadie más con usted, a bordo?

—Que yo sepa, no.

—Bien, eso es todo. No falte. A las once.

—No faltaré.

Colgó el teléfono. Su mano temblaba.

La muestra de una relojería, formada por un gran reloj luminoso, señalaba las once menos dos minutos.

Helen Loring vaciló. En la acera, húmeda y lustrosa, frente a ella el edificio número 232. Una vieja casa gris, típicamente neoyorquina, destinada a oficinas. En el segundo piso, una hilera de ventanas oscuras. No todas. Una, la última, a la derecha, ofrecía luz, a través del anaranjado de una cortina opaca. Un rótulo, a lo largo de las ventanas, era visible desde la calle:

«MEDICAL EXPORT AGENCY CO. -
PARIS - LONDON
- NEW YORK»

Se resolvió, avanzando hacia la puerta. Estaba cerrada. No había conserje ni telefonista abajo. Pulsó el llamador correspondiente a las oficinas de la «Medical».

Esperó unos segundos. Zumbó el mecanismo de la puerta, al abrirse desde arriba. Entró mirando tras sí, en busca de alguien. No había nadie a lo largo de la calle, charolada por la humedad del Hudson.

Cerró, angustiada. Como el que cierra la tapa de un ataúd. ¿Dónde estaría Kirby? No se había comunicado con ella. No sabía nada sobre él. Virtualmente estaba sola. Sola frente al agente del «Doctor» en Nueva York.

Helen Loring demostró que era una muchacha valiente. Siguió adelante. Alcanzó el ascensor, entró y oprimió el pulsador del piso segundo. Subió, sin perder su gesto preocupado. Pero una vez pisó la planta segunda, se borró la preocupación de su faz.

Era de nuevo la mujer dueña de sí. La cautivadora y engañosa dama que conoció Kirby a bordo del transatlántico.

En el corredor solamente había dos puertas, correspondientes a dos oficinas. Una empresa de frutos tropicales, y la *Medical Agency*. Helen llegó ante ésta. No necesitó llamar. Estaba abierta. Empujó, entrando.

Eran amplias las oficinas. En las sombras se descubría una hilera de mesas con máquinas de escribir, archivadores, anuncios de productos farmacéuticos europeos y americanos, decorando los

muros, salpicados de calendarios con agresivas *pin-ups*, nada a tono con los medicamentos a cuyo comercio se dedicaba, al parecer, aquella oficina.

—Entre, señorita Loring —invitó una voz, desde el fondo, donde una puerta entreabierta dejaba escapar una larga estría de luz vertical—. Pase, por favor…

Posiblemente aquello era el final. Llegaría a la oficina, y el agente del «Doctor» la cosería a balazos, quedándose luego con la máquina de afeitar, en cuyo secreto compartimiento, dentro del mismo motor, iban las piedras preciosas de color verde.

Las cosas no parecían tan feas ni lúgubres cuando entró en el despacho.

Era un lugar perfectamente normal. Con muebles normales, aire normal, y una persona perfectamente normal, e incluso muy bien parecida, detrás de la mesa. Un hombre joven alto y rubio, de ancha sonrisa y ojos penetrantes y grises, tras unas gafas de escasas dioptrías, y montura plateada, muy ligera.

—Buenas noches, señorita Loring —saludó el joven, incorporándose y extendiendo la mano—. ¿Ha llegado bien a Nueva York?

—Sí, muy bien. Gracias, señor…

—Laine. Ross Laine. Creo que somos compatriotas.

—¿Es usted inglés? —Helen estaba un poco desconcertada. No era aquello lo que esperaba. Todo tenía el aspecto de una entrevista normal.

—Eso es. Inglés. Viajo mucho. Europa-América, y viceversa —sonrió—. Pero nunca utilizo el barco. Lo detesto. El avión es mejor. Cómodo, rápido y pulcro. Soy agente comercial. ¿Usted también?

—No… —Helen se rehízo, procurando dominar la situación—. ¿Ya le han dicho lo que debo entregarle?

—No —sonrió el joven—. Nunca hago preguntas. Sé que no deben hacerse en casos así. Deme el encargo, por favor. Lo enviaré al «Doctor» enseguida. Son sus órdenes…

Helen Loring abrió su bolso. Extrajo el envoltorio bien ligado, tendiéndolo al joven. No le quitaba los ojos de encima.

Él tomó el paquete con mano firme. También pareció mostrar sorpresa.

—Es raro —dijo—. Muy pequeño para tener tanto valor.

—Aún es más pequeño —sonrió ella—. La mayor parte corresponde al objeto que lo contiene.

—¿Le ha sido fácil traerlo hasta aquí? —indagó Ross Laine.

—No. Pero tampoco difícil.

—¿Seguro que no sabe nada de míster Culver?

—¿Culver? ¿Quién es ése?

—El hombre que debía acompañarla, por si las cosas iban mal.

—No he tenido el menor contacto con nadie de ese nombre. ¿No va a ver lo que contiene el envoltorio?

—Mis órdenes son enviar lo que reciba, tan pronto llegue a mis manos —sonrió Laine—. Nadie me habló de revisar el contenido del envoltorio.

—Pero debe hacerlo —habló una voz dura desde la puerta, a espaldas de Helen.

Laine se incorporó de un salto, mirando con alarma hacia allá. También Helen lo hizo, volviendo la cabeza con terror. Por un momento alimentó la esperanza de que fuese Kirby, en una entrada dramática.

No era él, sino un tipo alto, vestido de oscuro, con sombrero negro sobre la faz afilada y descolorida. Podía ser un empleado de pompas fúnebres. O un asesino.

—¡Señor McDuff! —exclamó con sorpresa Ross Laine—. Ignoraba que estuviera usted aquí… y menos que hubiese entrado en la oficina.

—Pues ya ve que estoy. Y he entrado —su sonrisa fría estuvo dedicada a los dos. Tenía las manos hundidas en los bolsillos. Posiblemente empuñaba una pistola—. Abra eso. Conviene que veamos lo que hay.

—Sí, señor —aseveró dócilmente Laine.

—¿Quién es? —le señaló Helen—. Creí que usted mandaba aquí…

—Soy solamente el agente de la oficina —se excusó Lame, azorado—. El señor McDuff es mi jefe directo en los Estados Unidos. El encargado de exportación e importación de medicamentos.

—¡Al diablo con esas tonterías! —Se enfadó Helen—. ¿Es que no vamos a llamar a las cosas por su nombre, ni siquiera entre nosotros? Le quité eso a Bryan Kirby, jugándome la vida. Es un tipo peligroso, y tal vez arremeta contra mí, si me localiza. Y ustedes se

divierten jugando a las charadas.

—Pero… ¿a qué se refiere, señorita Loring? —se sorprendió Laine, perpleja la expresión—. No logro entender ese modo de expresarse…

—Está muy claro, Laine —era McDuff, el hombre con aire de funerario, quien hablaba—. La señorita Loring tiene razón. Usted ha vivido confiando en que esta agencia se ocupaba realmente de un simple negocio de importación y exportación de medicamentos. Y que, si algo anómalo e ilegal había en esto, era el simple hecho de introducir de contrabando algunas medicinas costosas, de origen europeo, sin pagar aduanas.

—¿Y no es ése el caso? —La sorpresa de Ross Laine iba en aumento.

—Claro que no, hermano —rió McDuff, despectivo—. Como la señorita Loring acaba de decir, es mejor llamar a las cosas por su nombre… Abra ese paquete. Compruebe su contenido.

Laine, rehaciéndose soltó las ataduras del envoltorio. Luego, los papeles. Apareció el estuche plástico de la máquina de afeitar. Sorprendido, Laine cambió una nueva mirada con el burlón McDuff y con Helen.

—Abra eso —dijo el primero, con voz sorda.

Lo hizo. La orden se repitió cuando la máquina brilló, con su color marfil, en la mano de Ross Laine. El joven, tras una vacilación, se inclinó, abriendo las dos partes de plástico de la máquina. Apareció el motor. Helen informó:

—Desmóntelo. Dentro del motor hay un compartimiento secreto en la segunda bobina. Allí están…

Laine, en silencio, obedeció. Se abrió en dos la bobina, como una cáscara de huevo. Aparecieron las piedras, que cayeron de sus manos rodando sobre la carpeta de la mesa. Fulguraron esplendorosas, a la luz, como fantásticas chispas verdes.

—¡Esmeraldas! —jadeó Laine, estupefacto.

—Sí, esmeraldas —asintió con voz ronca McDuff, dando unos pasos hacia la mesa—. Las más hermosas y valiosas esmeraldas que vi jamás. Quizá valen más de un millón de dólares… Ésa, la del centro, es la gema más buscada por la Represión de Contrabando de Colombia… «La Rosa Verde»…

—¿Son… auténticas? —musitó Laine.

—Auténticas por completo —los dedos de McDuff acariciaron una de las piedras—. Enhorabuena, señorita Loring. Nunca pensamos que pudiera alcanzar un éxito semejante… El señor Kirby y el señor Attenborough van a llevarse una gran decepción.

Recogió las piedras, sin que Laine hiciera el menor movimiento. Las volvió a depositar dentro de la bobina hueca del motor. Cerró la máquina de afeitar. La introdujo en su estuche y aseguró éste volviendo a liarlo con papeles y cordel, muy sereno. Se la dejó a Laine ante sí, con una sonrisa.

—Eso es todo, mi querido Laine. Hágase cargo de ello. Y envíelo al «Doctor».

—¿Usted no es «El Doctor»? —preguntó, trémula, Helen Loring, mirando a McDuff.

—¿Yo? —El hombre con aire lúgubre denegó, con una mueca burlona—. No, no estoy tan alto, señorita Loring. Me limito a dar órdenes al señor Laine.

—Yo no sabía nada de esto —gimió el joven de las gafas ligeras —. No hubiera seguido su juego.

—Ahora ya lo sabe. Y no tiene otro remedio que seguir… o atenerse a las consecuencias —amenazó McDuff.

—Siempre creí que el «Doctor» era un especialista propietario del negocio.

—Lo es, en verdad —rió McDuff—. Sólo que su especialidad es un poco rara… al margen de la medicina y de la farmacia… y su negocio también. El «Doctor», sin embargo, espera que usted siga sirviéndole lealmente… por su propio bien.

Ross Laine reflejó en su rostro la lucha consigo mismo. Por fin, algo pareció vencer en esa lucha. La prudencia. El miedo a morir.

—Bien —aceptó—. Creo que no me queda otra alternativa…

—Eso es —rió McDuff—. No queda otra alternativa. Vamos, señorita Loring. Usted ha cumplido su misión debidamente. Ahora, el señor Laine se cuidará del resto.

Se encaminó a la salida. Helen le siguió. Antes de salir, McDuff se volvió al aturdido Laine.

—Ah, será mejor que olvide que existe un organismo llamado Policía. Con «El Doctor», avisar a la Policía es firmar la propia sentencia de muerte. En Europa, o en América. Está advertido, amigo Laine.

Tomó a Helen Loring de un brazo, amistosamente. La condujo hacia el exterior de la oficina.

Ross Laine, una vez solo, contempló el envoltorio fijamente. Se incorporó, con él en la mano, dirigiéndose a una puerta contigua, que comunicaba con un lavabo reducido, en cuyo techo había una ducha. El suelo, de baldosas blancas, tenía el declive apropiado para el desagüe.

Tomó una banqueta blanca, se subió en ella, y una vez erguido, extendió las manos, desenroscando el aplique agujereado de la ducha. Mostróse allí una ancha cañería, en cuyo interior se dispuso a colocar el envoltorio.

—Yo que usted, no haría eso —avisó una voz junto a él.

Laine lanzó una interjección. Bajó la cabeza. Alguien, la misma persona que había hablado, tiró del taburete por una pata. El mueble se derrumbó estrepitosamente. Laine quiso gritar, cuando rodó por las baldosas.



Súbitamente, muebles y hombres fueron derribados

Pero su inesperado visitante le aplicó un seco impacto, con una automática, en la nuca. Laine quedó inmóvil en el suelo. De sus dedos escapó el envoltorio.

—Bueno, amigo. Eso está mejor —sonrió Bryan Kirby, recogiéndolo. Se incorporó, sacudió el polvo de su pantalón y

regresó sin prisas hacia la ventana abierta—. Caminar por las cornisas de los edificios le pone a uno las ropas perdidas… Pero no puedo quejarme de la eficacia de esos caminos.

Soltó una breve risa, tras el comentario. Esperó a que Helen Loring y McDuff se alejaran de la casa, hacia el norte, al salir del edificio.

Les contempló desde la ventana, y luego salió por ésta, con la misma naturalidad que si utilizase la puerta principal.

CAPÍTULO V

—Bonito país Norteamérica, ¿no cree?

Helen Loring asintió, apartando con dificultad la vista de la recta carretera, amplia y magnífica, a través de las grandes llanuras desérticas de Arizona. A ambos lados de la pista de asfalto tierra rojiza, artemisas, cactus y rocas. Como un clásico paisaje del Oeste novelesco.

—Es hermoso, a pesar de todo —comentó, volviéndose a su compañero de asiento en el gran autobús de las «Blue Lines»—. Ese mismo desierto tiene belleza, grandiosidad…

—Es posible —bostezó Bryan Kirby—. No bromeaba al decir eso, aunque no me guste el desierto. Este país es grande hasta en lo feo. Tal vez sea una virtud, a fin de cuentas.

Helen miró hacia atrás ahora. Dejaban, en realidad, lo mismo que tenían delante. Tierra arcillosa, asfalto y artemisas. Y también sol. Mucho sol. Un turismo rojo les pasó vertiginosamente. Lo menos iba a ochenta millas. Se perdió ante ellos en una recta sin aparente fin. Helen respiró hondo.

—Sigue el complejo —rió entre dientes—. Sicosis de perseguida, ¿no?

—No puedo evitarlo, Bryan. Es demasiado hermoso.

—Demasiado hermoso, ¿el qué? ¿Estar a mi lado, en un viaje a través de ocho Estados?

—No bromeo, Bryan. Parece a veces increíble saberse lejos de la red del «Doctor», de su telaraña de intrigas…

—Te excedes en tu optimismo, querida. No te sientas nunca demasiado lejos de gentes como «El Doctor» y su organización. Ellos llegan a todas partes.

—A pesar de todo, hasta ahora les has burlado. Y varias veces, Bryan. Tienes las esmeraldas, estamos llegando a Nevada… Cuando entregues esas piedras a la persona a la que van destinadas, todo

habrá terminado. Al menos para ti.

—Eso es verdad. También pudo haber terminado para ti. Bastaba con regresar a Inglaterra. Cumpliste tu misión. Entregaste las piedras. Fue Ross Laine quien perdió la partida.

—Que era lo que tú pretendías, ¿no? —sonrió ella—. Dejarme a mí al margen.

—Eso es. Pero con las mujeres, las buenas intenciones siempre se malgastan.

—Debiste sorprenderte mucho cuando me encontraste en el aeródromo, ¿verdad?

—Me sorprendí. No demasiado, pero me sorprendí —confesó Kirby—. ¿Por qué has elegido esto, Helen?

—Porque no quiero volver a Inglaterra. Ni quiero volver al «Doctor» y todo eso. Y, tal vez, porque me gustas un poco, Kirby.

—Eso ya lo dijiste en el barco —sonrió él.

—Entonces mentía y tú lo sabes. Ha sido luego. Cuando empezaste a ayudarme, cuando te arriesgaste por mí…

—La gratitud es enternecedora Pero humillante para el hombre.

—No es gratitud —inclinó la cabeza en su hombro—. Me gustas horrores, Bryan. Creo que incluso te quiero. Más de lo que yo desearía.

—Eso demuestra tu buen gusto, querida —rió Kirby, cínicamente.

—¡Eres odioso! ¿No comprendes que si acudí al aeródromo y te pedí ir contigo adonde fuese, sin importarme nada lo que hiciera «El Doctor», era porque tu atracción es más fuerte para mí que el miedo a ese siniestro personaje?

Bryan Kirby no respondió directamente a esa pregunta. Eludiéndolo, comentó de pronto:

—Helen, ¿tú crees que «El Doctor» está realmente en Inglaterra?

—¿Qué quieres decir? —Ella se volvió, sorprendida, mirándole con inquietud.

—Lo que he dicho. ¿No podría estar en los Estados Unidos?

Ella asintió, despacio.

—He llegado a pensar… si ese McDuff sería «El Doctor» —musitó—. Pero no lo sé.

—Hay otros muchos que pueden ser «El Doctor». McDuff y Laine parecen simples mecanismos suyos, engranajes del sistema. Laine,

ni siquiera sospechaba la magnitud del juego. Pero seguirá con «El Doctor», porque está obligado a ello. Como otros muchos. Como tú misma deberías estarlo. Solamente un loco se arriesgaría a ser rebelde.

—Yo soy una loca, ¿verdad, Bryan?

—Sí —Kirby soltó una risita—. Pero no te desesperes. Yo también lo soy. Lo fui toda mi vida. Creo que vivir en este mundo es algo que sólo merece la pena si uno está rematadamente loco. Por eso voy ahora a entregar un regalo absurdo a una mujer absurda, de parte de un tipo completamente absurdo. Todo esto es un disparate sin sentido.

—Un disparate que termina en Las Vegas.

—Que *debería* terminar allí —rectificó Kirby, pensativo—. Pero ¿será así?

—¿Puede llegar tan lejos «El Doctor»? —se alarmó ella.

—Quien llega a Nueva York desde Londres, puede llegar a Las Vegas desde Nueva York, con idéntica o mayor facilidad.

—Pero si a esa mujer, la destinataria del regalo de Attenborough, le sucediera algo después de entregarle tú las esmeraldas… ya no sería cuenta tuya.

—Eso es cierto. Attenborough me contrató para pasar un regalo a los Estados Unidos, y para dejarlo en la propia mano de una damita llamada Peggy Storm, que actúa en Las Vegas con un éxito tan ruidoso como su apellido artístico[1]. En ese mismo instante, la tarea de Bryan Kirby habrá tocado a su fin.

—Has salvado lo peor, Bryan. La travesía del Atlántico, Nueva York, el viaje en avión hasta Phoenix… y casi tres cuartas parte del recorrido por carretera hacia Las Vegas. ¿Por qué no has de salvar el resto con igual fortuna, querido?

—Sí, eso me pregunto yo. ¿Por qué no? —Kirby sonrió, exhibiendo sus dientes—. Me gustaría poder responderme satisfactoriamente, sin embargo…

Bostezó y dejó caer atrás la cabeza, sobre el respaldo de espuma. El fuerte sol de la planicie desértica, combatido por los vidrios azules de la parte superior del autobús, y por la refrigeración interior, había vencido ya a casi todos los ocupantes del vehículo.

Helen Loring, pensando que ya había sacado cuánto era posible de su compañero de viaje hacia Nevada, también acabó por rendirse

a la siesta.

La estación de autobuses de Boulder City era magnífica. Desde ella, se dominaba una vista impresionante de la Presa Boulder, o Presa Hoover, como ahora se llamaba. Algunos turistas tomaban fotografías del lugar. Evidentemente, tal había sido la intención de la «Blue Lines» al levantar allí su estación.

—Después de tanta sequedad, tanta agua —comentó Kirby, pasándose una mano por el rostro mal rasurado—. Estamos en un país de grandes contrastes, Helen.

Rebuscó entre sus pertenencias. Extrajo la máquina de afeitar. La misma del famoso juego de las esmeraldas. Helen la miró con sobresalto. Bryan rió, mientras un grupo de viajeros pasaba junto a ellos, en animada charla, camino del bar-restaurante de la estación de autobuses.

—¿Será prudente…? —comentó ella, clavando los ojos en la máquina.

—Claro —asintió él—. Lo contrario resultaría sospechoso. Voy a afeitarme en los lavabos de la estación. Regreso enseguida. Puedes esperarme en el bar.

—Sí, Bryan. Estaré allí mientras te aseas.

Kirby se encaminó a los lavabos. La parada en Boulder City, última etapa antes de Las Vegas, no era muy larga. Lo preciso para asearse, tomar un refrigerio y seguir viaje.

No había mucha gente en los lavabos. Solamente cuatro o cinco hombres. Uno se lavaba las manos otro se peinaba cuidadosamente su abundante melena. Los demás se afeitaban, con sus respectivas máquinas conectadas al enchufe correspondiente.

La luz de la tarde que entraba por los tragaluces era escasa, y algo alejada de los lavabos. Los tubos fluorescentes daban claridad artificial al lugar. Kirby enchufó su máquina y comenzó a afeitarse.

Todo habitual, rutinario. Y a Bryan Kirby casi le sorprendía tener en su vida algo que fuera así.

De pronto se apagó la luz.

CAPÍTULO VI

Fue un apagón total. Solamente entró por los tragaluces distantes una leve claridad vespertina, azulada e imprecisa.

Kirby se volvió, tratando de ver algo en la oscuridad. Confusamente advirtió la forma humana que se le venía encima. Acaso alguien que se había asustado por el apagón. O acaso no…

Intentó eludir el choque. Se apartó, tirando del cordón de su máquina de afeitar. El tipo no era de los que huían. O lo hacía con una rara predilección por los lugares elegidos por él. El choque tuvo lugar, a pesar de todo.

Un impacto brusco, violento… y dos puños como mazos que se le hundieron en el estómago.

Se dobló. Cayó de bruces hacia el suelo, pero se encontró antes una rodilla que se estampó contra su boca. El dolor le aturdió, y sintió que se le llenaba la boca de algo espeso y salobre.

Chocó con las baldosas del suelo. Unos zapatos le pisotearon, y fue incapaz de moverse o evitarlo. Un tirón le arrancó de la mano la máquina de afeitar. Luego, mientras pugnaba por incorporarse, unos pasos se alejaron rápidamente, sonando con un sordo «clap-clap», cada vez más distante. En algún lugar sonó una puerta.

Alguien estuvo a punto de tropezar con él. Un pie se hincó dolorosamente en su costado. Una interjección y unas manos que le aferraba por la americana.

—Oh, perdone —balbuceó alguien, con gangoso acento—. ¿Le hice daño? ¿Se ha caído, señor?

—Un poco de todo —gruñó Kirby, con su primer aliento. Y las palabras le salieron de entre los hinchados labios, acompañadas por un salivazo de sangre, que corrió por su mandíbula—. Levánteme, por favor…

Le levantaron. El tipo que lo hacía era fuerte, sólido. Debía ser,

por lo menos, un ranchero del clásico Oeste. Tenía músculos de acero.

Logró mantenerse en pie, apoyándose en una pared de baldosines, fría como el hielo. Volvió la luz de repente. Tan de repente, que parpadeó, cegado por su crudo azul fluorescente.

—¡Oh, está herido! —masculló el tipo de acento yanqui—. Le sangra la boca, y tiene los labios hinchados…

—Sí, eso creo —jadeó Kirby lentamente, tomando aliento—. También debo tener hinchado el estómago, a juzgar por el dolor…

Su mirada, al habituarse a la luz, hizo caso omiso de cuantos le rodeaban. Miró al suelo. Cosa rara. Allí estaba su máquina de afeitar, con el cable intacto, sin tocar nada. Después de arrancársela, el agresor la había dejado allí.

Se inclinó a recogerla y sintió un mareo. El tipo vestía una camisa a cuadros rojos y azules, y un «Stetson» gris, espectacular. Le ayudó también a incorporarse.

—¿Es su máquina? —le interrogó con su acento gangoso.

—Sí. Creí que estaría destrozada —la contempló, sin creerlo—. Pero veo que está bien.

—¿Y usted? ¿Cree que está bien, amigo? —comentó el otro, preocupado.

—Sí, gracias. Un tipo que salió de aquí chocó conmigo. No fue nada. Sólo el golpe al caer —mintió Kirby, volviendo la sonrisa a su rostro, mientras se sacudía el polvo de su traje, cuidadosamente—. Ya puede dejarme, amigo. Puedo ir por mi propio pie.

—¡Oh! Creo que no está en condiciones. ¿Viene en el coche de la «Blue Lines»?

—Sí. ¿Usted no? —Estudió atentamente al hombre. Tenía el cabello canoso y crespo, y la cara muy colorada y sana.

—No, no —rió el hombretón, con buen humor—. Yo viajo en mi propio coche. Me detuve aquí a descansar un poco. Voy a Las Vegas. Supongo que como ustedes, ¿no?

—En efecto —se tocó la mejilla, tan dolorida como su mandíbula—. Bueno, creo que voy a dejar de momento el afeitado. No podría concluirlo.

—Sí, seguro que le dolerá. ¿Quiere que le lleve en mi coche?

—Oh, no, gracias. No viajo solo. Mi… mi prometida viene conmigo.

—Bien, eso no tiene importancia —rió el hombre con aire de *cow-boy*, agitando sus brazos con energía—. Les llevo a los dos. Mi coche es lo bastante grande para hacer la competencia a la «Blue Lines», señor…

—Kirby. Bryan Kirby.

—Yo soy Craig Thompson, amigo —le estrechó la mano con la suya, enorme como una almohada, y el dolor se le extendió ahora hasta el brazo—. Vamos, llame a su chica, y les llevaré en mi cacharro. Corre como una seda. En poco tiempo, ¡puff! estarán en Las Vegas.

—Bien. En un minuto, ¡puf! estamos con usted. Sólo tengo que recoger un par de maletas del autocar.

Rieron los dos. Kirby salió de los lavabos, guardando la máquina en su funda, con aire pensativo. Encontró a Helen Loring en la barra del restaurante, ante un par de platos con sendos bocadillos calientes y dos cervezas. Se volvió hacia él, risueña:

—Vamos, Bryan, come y bebe un poco y luego… —Se detuvo. Le miró, alarmada—. ¡Bryan! ¿Qué te ha ocurrido en la cara? ¿Estalló la máquina?

—Casi, casi. Se apagó la luz cuando me afeitaba. Alguien me golpeó. Caí y me golpearon más. Me gustaría saber quién fue.

—Bryan, ¿fue intencionado o…?

—Claro que fue intencionado —respiró con reconcentrada ira. Pero su exquisito *fair play* británico se sobrepuso a las circunstancias. Sonrió, mirando con boca torcida al emparedado y la cerveza—. No tengo gana de nada de eso. Ve, Helen, recoge las maletas del autocar.

—¿Por qué? ¿Nos quedamos aquí, Bryan?

—No. Un tipo que parece descender directamente de Jesse James nos invita a ir en su coche hasta Las Vegas. Estaba en el lavabo y me ayudó.

—¿Seguro que *te ayudó*?

Kirby captó la intención de la pregunta. Miró fijamente a Helen y se encogió de hombros.

—No sé. Hablo por lo que parece. Desde luego, el que me pegó, se largó de allí. Pero Craig Thompson, que es nuestro *cow-boy* particular, pudo ser el autor del apagón, puestos a sospechar de todo el mundo.

—¿Será prudente ir con él, en su coche… llevando eso? —Y señalaba la máquina.

—Oh, por esto es igual —rió Kirby agriamente, agitando la máquina con su estuche—. La han cambiado. *Esta máquina no es la mía*, querida…

Helen Loring mantenía los labios cerrados a duras penas, mientras la árida extensión desfilaba a ambos lados de la carretera, en dirección a Las Vegas. El desierto de Nevada era aún más llano y seco que el de Arizona. El polvo cubría por completo carrocería y cristales del rojo y largo «Pontiac», modelo *Ranger*, manejado alegremente por las manazas formidables de Craig Thompson.

—Estamos llegando, amigos —comentó, después de virar en una amplia curva, junto a una masa rocosa y áspera salpicada de artemisas—. Las Vegas nos ofrecerá pronto el encanto de su dorado ambiente. Algo serio esa ciudad, muchachos.

Bryan Kirby le estudió de soslayo, mientras asentía. Luego, preguntó:

—¿Su rancho está lejos de la población?

—¿Rancho? —El tipo con aire de vaquero enarcó las cejas, sorprendido, y soltó una risotada—. ¡Oh, rancho! Cielos, no. Yo no soy un ranchero, amigos míos… ¿De dónde sacó esa idea?

—Su atavío, su aspecto… —Bryan le señaló con un ademán—. Imaginé algo así…

—Pues no, amigo Kirby. Craig Thompson nunca fue ranchero ni nada parecido. En Las Vegas muchos vestimos así, sin que ello signifique nada especial. En realidad, soy dueño de un *night-club*.

—Un *night-club*, ¿eh? —Cambió una mirada con Helen Loring, que se moría de ganas de preguntarle lo ocurrido con la máquina eléctrica original, la que contenía la fortuna en esmeraldas. Solamente la presencia del norteamericano frenaba su lengua curiosa—. Tal vez usted pueda informarme, entonces.

—¿Sobre qué, Kirby? —Conducía a casi ochenta millas. Bryan recordó el coche que, como un alud, pasó junto al autobús en la carretera. Era el mismo. Y el endiablado Thompson tenía la espeluznante manía de volver la cabeza con frecuencia, descuidando la ruta, lanzado a aquella velocidad—. Hable, muchacho. Si quieren consejos, tendrán los mejores en mí. Conozco

Las Vegas, de día y de noche, hasta sus más recónditos lugares. Puedo citarles dónde hay el «streap-tease» más audaz, el espectáculo más lujoso, las muchachas más bellas… y dónde se juega más fuerte. El viejo Thompson puede ser su guía ideal, hijos míos.

—No necesitamos eso. Sólo quería saber si conoce un local llamado «El Desierto».

—¿«El Desierto»? —Una sonrisa asomó a los labios de Thompson—. ¿Por qué quiere saber precisamente algo de ese local?

—Hay una persona amiga allí. Tengo que verla.

—¡Bien! Dígame quién es esa persona, y todo resuelto. Yo haré lo demás. Seguro que la conozco.

—Es posible. Creo que tiene bastante fama en Las Vegas. Se llama Peggy Storm.

—¡Peggy Storm! —Los ojos de Thompson se abrieron mucho—. ¿Usted conoce a Peggy Storm?

—Sí. ¿Tiene algo de raro?

—No. ¿Va a verla ahora?

—Eso espero.

Thompson miró de reojo a Helen. Guiñó un ojo a Kirby.

—¿Y para ver a Peggy Storm se trae a… a la chica? —dijo por Helen.

—Bien, eso no cambiará las cosas —sonrió Bryan—. No soy un admirador de la tal Storm. Ya le dije que era una especie de amistad. Ella actúa en «El Desierto», ¿verdad?

—Seguro. Y actuará aún durante mucho tiempo —rió Thompson—. Es una gran artista, y le renovaré el contrato cuantas veces desee.

—¿Qué usted le renovará…?

—Claro —el hombretón lanzó una ruidosa risotada—… Yo, amigo Kirby, soy el dueño de «El Desierto»…

Y para celebrar la noticia, pisó el acelerador. El «Pontiac» rojo alcanzó las noventa millas por la llana y recta pista de asfalto.

Las Vegas, de noche, era una especie de borrachera de ruidos, música que se confundía con los ruidos, luces de mil colores, formas y tamaños, parpadeando hasta convencerle a uno de que, o la ciudad entera estaba loca, o era uno el que perdía la razón por momentos.

Las máquinas tragaperras, las ruletas, los altavoces, los automóviles y la propia gente, formaban una especie de tempestad de ruidos, incapaz de soportarse dos días seguidos, con los nervios en buena forma.

—Esto es Las Vegas —rezongó Kirby, estremeciéndose—. Paraíso del jugador, del rufián, del mujeriego y del millonario. Y manicomio del mundo entero. ¿Te gusta, Helen?

—Me aturde. Hay tanto ruido que podrían coserle a uno a tiros de revólver, sin que nadie escuchase una sola detonación, en plena calle Mayor.

—Desagradable pero exacta observación —Bryan miró cuidadosamente en torno suyo, a la única, amplia calle de diversiones de Las Vegas, con su barahúnda infernal de luz y de ruidos—. Esperemos que nadie más piense en ese punto, mientras estamos aquí…

Helen abrió la boca. Kirby leyó en sus ojos que iba a preguntarle por las esmeraldas y la máquina desaparecida. Le entraron ganas de reír cuando la manaza de Thompson, palmeando a Helen en los hombros, hasta casi hacerla toser, entró en escena.

—¡Bueno, estacioné el cacharro! —aulló, a estilo comanche—. Vamos, amigos… Esto, en Las Vegas, tiene sus dificultades.

Helen volvió a quedarse con las ganas de formular su pregunta. El hombre con aire de *cow-boy* les arrastró inevitablemente consigo, aferrando sus hombros con ambas manos, a lo largo de una acera amplia, bañada de luz. Una máquina tragaperras, a su derecha pareció estallar en un torrente de monedas. Una mujer gorda comenzó a recogerlas, dando gritos de maniática.

Sobre ellos, un enorme vaquero en luminoso azul, rojo, verde y amarillo, hacía funcionar su lazo, en las intermitencias del espectacular anuncio. Era un club nocturno. A dos pasos era una hilera de chicas tan vestidas como Eva, las que bailaban algo semejante a un *can-can*, en la línea luminosa de los letreros.

«The Sands», «Las Vegas Inn», «Nevada», «Golden Cow-Boy» y un centenar más de locales desfilaron ante ellos, antes de llegar a «El Desierto».

Era un local como otro cualquiera. Se diferenciaba en el luminoso gigantesco, por supuesto. Allí era una palmera

cimbreante, que de pronto se convertía en una mujer no menos cimbreante, para volver a ser una palmera. Todo esto, entre unas letras enormes, y una borrachera de colores.

—Mi tugurio, chicos —rugió Thompson, agitando sus brazos como un gorila—. ¡Adelante todos!

Les metió a viva fuerza por la gran puerta cuajada de lujo, casi arrollando a un vaquero vestido de blanco y plata, provisto de zancos. Una chica, con traje de *cowboy*, en blanco y rosa, y falda que no podía ser más corta, se apartó a tiempo y le gritó algo jovial a Thompson.

Había muchas chicas así ataviadas. Eran las camareras del local. Sus faldas eran brevísimas. Sus piernas muy bonitas. Y todo lo demás, también. Thompson debió elegirlas muy cuidadosamente, pensó Kirby, contemplando sus pantorrillas, ceñidas con mallas color noche, que realzaban su encanto sobre las blancas botas de piel brillante.

Una enorme fotografía en color, iluminada por detrás, les mostró a una morena impresionante, con una escasez de prendas no menos impresionante. Allí decía que era Peggy Storm.

Kirby empezó a comprender que tuviera tanto éxito. Posiblemente como artista no fuera nada del otro mundo. Tampoco le hacía falta.

—Bryan, creo que olvidas que te acompaño yo —observó con sarcasmo Helen, tirando de su brazo—. La Storm es todo un monumento. Pero yo no soy tan despreciable.

—¿Quién habló de despreciarte? —rió Kirby burlonamente. Y echó una nueva ojeada a la anatomía fotografiada de Peggy Storm, la sensación de «El Desierto».

Llegaron a la sala de juego, que al parecer era otra de las atracciones, capaz de hacer la competencia en Las Vegas a dos docenas de Peggys Storm. Thompson les ofreció fichas. Kirby las aceptó, dándoselas a Helen.

—Toma, juega tú —dijo—. Yo he de ver a Peggy.

—Y yo también —replicó Helen, devolviendo las fichas nuevamente a Thompson. En voz baja, añadió con rapidez—: Recuerda, encanto, que «somos prometidos».

Kirby achicó los ojos. Su sentido del humor triunfó. Sonrió a la joven, encogiéndose de hombros.

—Bien, querida. Adelante, pues. Escolta a tu amor hasta esa beldad de quién te sientes celosa…

Thompson reía, viéndoles discutir. Volvió a arrastrarles como si fueran peleles, entre ruletas, mesas de póker, de bacarrá, de dados, e incontables tragaperras de todos los estilos y especies.

—Vamos, amigos, no discutan más. Verán enseguida a su dama. Poca gente en Las Vegas logró entrar al camerino de Peggy Storm. Pero ustedes me son simpáticos. Y si es verdad que tiene amistad con Peggy, tanto mejor. Aún no comenzó ella su número. Creo que llegamos a tiempo…

«El Desierto» parecía la gruta de las maravillas. Siempre había una sala más después de la que parecía la última. Ahora estaban en una, enorme, cuajada de mesas, con una pista semicircular, orlada al fondo por cortinajes de plata, que fulguraban, reflejando las mil luces del techo. Bolas de cristal poliédricas, giraban en el aire, produciendo luces cambiantes.

Una orquestina negra tocaba frenéticamente «In the Mood». Y una mulata lo bailaba epilépticamente en la pista. Rodearon todo aquello por entre mesas y camareras, ataviadas allí con trajes vaqueros en rojo y negro, pero con idéntica falda sobre los muslos.

Thompson abrió un extremo de las cortinas de plata. Se encontraron en otras dependencias del local, igualmente suntuosas y modernas. Era el interior del escenario, destinado a camerinos, almacenaje de decorados y utilería, y a la cara opuesta de la plataforma orquestal giratoria, donde ya empezaban a situarse unos músicos blancos, de uniformes verdes y amarillos.

—Vamos, muchachos. Eso quiere decir que Peggy va a salir de un momento a otro —avisó Thompson, avanzando hacia una hilera de puertas cerradas, al fondo de un corredor.

Un empleado de severo aspecto le saludó, respetuoso. Kirby estuvo seguro de que, sin la ayuda del campechano Thompson, difícil hubiera sido entrar hasta allí, con aquel cancerbero.

La primera puerta mostraba una estrella en metal dorado. Y un nombre: *Peggy Storm.*

Golpeó con los nudillos. Dentro, una voz de mujer replicó:

—Ya voy, ya voy. ¡Estoy terminando de arreglarme, Duke!

—No soy Duke, Peggy —respondió Thompson—. ¿Puedes abrir? Traigo a unos amigos…

—¡Oh, Thompson, no! —gimió la misma voz femenina, sin abrir —. Mi número… Sabe que no puedo…

Entonces, habló Kirby con voz firme, sorprendiendo a Thompson, que se volvió hacia él:

—Es sólo un momento, señorita Storm. De parte de un buen amigo de Londres: Attenborough…

Thompson enarcó las cejas, intrigado. Le estudió, como si de repente Kirby se hubiese convertido en una tarántula. Dentro, sonó una interjección. Y pasos precipitados, junto con una exclamación audible de Peggy Storm:

—Deja, Vicky. Debo abrir…

Abrió. A pesar de Vicky, que era su doncella, según pudo juzgar Kirby, con una mirada de reojo.

Solamente una mujer como Peggy Storm podía tener a un ejemplar femenino como Vicky, a su lado, sin desmerecer lo más mínimo, y ganándose, además, la atracción masculina.

Vicky era rubia. Peggy Storm, morena. En perímetro torácico, en esbeltez, en ondulación de caderas y en longitud y belleza de piernas, andaban empatadas. Quizá la doncella era algo más prieta de carnes. El rostro era más bello el de Peggy. El de Vicky era un poco vulgar, pero de indudable atractivo. También Vicky resultaba más baja. Y sus ojos eran azules, contra los intensamente oscuros de Peggy.

Helen las estudió con la hostilidad propia de mujer a mujer. Kirby, todo lo contrario.

Los ojos de Peggy estaban fijos en él. Otra de las diferencias entre una mujer y otra era la ropa. La doncella vestía un traje completamente normal, en tono gris, La «estrella» de «El Desierto», no podía decirse que luciera traje ni luciera nada, salvo su propia anatomía.

—¿Usted es el que ha mencionado a Attenborough? —dijo, roncamente.

—Sí, señorita Storm. Vengo desde Londres, con la exclusiva idea de verla a usted.

—Pase, entonces —miró a Thompson. Le sonrió. Como cualquiera sonreiría a su perrillo predilecto—. Me permites, ¿verdad, Craig?

—Sí, por supuesto —dijo el dueño del club. Y utilizó el tono de

los que padecen úlcera de estómago—. Bien, amigos, les dejo con Peggy. No te demores mucho, ¿eh? Van a cambiar de orquestina de un momento a otro…

Agitó su mano ancha y cordial, pero ahora su amabilidad resultó algo forzada. Kirby entró en la habitación. Helen Loring se coló de rondón tras él, sin esperar a ser invitada.

—Señorita, tiene poco tiempo —le recordó Vicky gravemente.

—Ya sé, ya sé. Déjanos un momento, Vicky, por favor. Preferiría hablar a solas con el señor…

—Kirby —se inclinó él ligeramente ceremonioso—. Bryan Kirby.

—Sí, será mejor que charlemos a solas los dos… —Miró a Helen, que sostuvo su mirada con altiva indiferencia, frunció muy levemente el ceño y remachó—… bien, los tres.

—Ella es Helen Loring —se creyó obligado a añadir Kirby, mientras la doncella, algo malhumorada, cerraba tras de sí la puerta al salir—. Mi… mi prometida.

—Entiendo —Peggy sonrió con su boca gordezuela y muy roja. Miró a la joven, y luego a Kirby de nuevo—. Tiene buen gusto.

—Gracias —dijo Helen, algo seca.

—Y usted también lo tiene, querida —puntualizó, algo irónica Peggy Storm. Se sentó en el asiento situado ante el espejo. Ofreció cigarrillos. Aceptaron ambos. Kirby los prendió—. Bien, señor Kirby. Ha venido desde Londres a Las Vegas. Un largo viaje, por cierto. Attenborough es así de excéntrico. ¿Qué le dio para mí? ¿Besos y abrazos apasionados, que usted debe transmitirme, un ramo de flores, o un cheque en libras esterlinas?

—Nada de eso —sonrió Kirby.

—Lástima. Hubiera sido interesante ver cómo me daba el primer encargo… en nombre de él —rió mirando casi desafiante a Helen, que cada vez se mostraba más huraña.

—Hubiera procurado cumplirlo al pie de la letra —manifestó muy serio Bryan, ganándose una mirada iracunda de Helen—. Al menos, por simple ética.

—Ya —se inclinó la «estrella» hacia él. El movimiento era peligroso, con tan escasa ropa encima. Y se probó así. Kirby procuró apartar la mirada, aunque era difícil—. ¿De modo que Attenborough tuvo la gentileza de enviarme un mensajero lleno de ética y todo eso? Adelante, señor Kirby. ¿Qué le dijo para mí? ¿Se

puede repetir, en presencia de una dama de las que no se exhiben en una pista de *night-club*?

—No se preocupe por mí —replicó acerbamente Helen—. Me he exhibido también. Mis oídos no se sentirán ofendidos fácilmente.

—Eso me tranquiliza, querida —miró a Kirby—. Adelante, señor Kirby…

Bryan fumó en silencio unos segundos. Peggy Storm se inclinaba cada vez más, a pesar del peligro de su precaria indumentaria en el busto. Y no era inadvertidamente.

—Tengo entendido que Attenborough está loco por usted —dijo con calma—. Ahora comprendo por qué.

—Gracias, Kirby —había desechado el «señor», descaradamente. Era una mujer temible—. Nos conocimos en Londres hace tiempo. Luego volvimos a coincidir en los Estados Unidos. Se enamoró como un tonto. Los hombres como él tienen cosa así de raras. Son de puro granito, y tienen un punto de arcilla. ¿Usted también?

—Yo también, ¿qué?

—¿Es también de granito y arcilla?

—No me he analizado todavía. Hablaba de Attenborough.

—Bien. Siga hablando. Es mi rendido admirador. Quiere que yo deje todo esto por él.

—Muy bien. ¿Por qué no lo deja? Attenborough es muy rico…

—No quiero convertirme en la esposa, o la favorita, de un *gángster*, Kirby. Tampoco me gustaría dejar esto. Soy feliz cuando salgo a la pista y bailo y canto para el público. Sé que bailo mal, y que mi voz no es buena. Pero la gente contiene la respiración. Siento la admiración en torno mío. Y soy feliz. No lo entendería, pero es así.

—Lo entiendo, Peggy. En Londres también hay *night-clubs.*

—Sí, lo sé. Pero él no me dejaría trabajar. Me querría sólo para él, me tendría como en una cárcel dorada. No me gusta la idea. No lo haría por nada del mundo.

—Ya veo. Ahora voy comprendiendo mejor a Attenborough… y sus razones para enviarme aquí con su encargo.

—¿Qué encargo es ése, Kirby?

Él vaciló. Helen, inquieta, le miraba con auténtica avidez. Preguntó:

—Bryan, ¿crees que vas a tener valor para decir lo sucedido?

—¿Por qué no? —Kirby sonrió—. Escuche, Peggy. Lo que Attenborough me dio para usted es muy valioso. Lo he traído oculto. He peleado con algunos elementos que querían interceptar el obsequio. Últimamente, me quitaron el objeto donde sabían que lo ocultaba, supliéndolo por otro igual… Fue en Boulder City.

—¿Y… no trae nada? —la decepción flotó en la voz de Peggy Storm.

—Claro que lo traigo. Tome. Esto me entregó Attenborough para usted, Peggy. Si por una cosa así, no elige Londres, no lo elegirá nunca…

Había extraído la mano del bolsillo de su americana. Un montón de fantásticas piedras verdes cayeron en el regazo de Peggy, sobre sus piernas enfundadas en mallas.

Una fortuna en esmeraldas, que hizo abrir unos ojos incrédulos a Peggy, y lanzar una exclamación de asombro a Helen Loring.

—Bryan Kirby ha cumplido su misión —dijo sencillamente el aventurero, incorporándose.

CAPÍTULO VII

—¿Cómo lo hiciste, Bryan?

Kirby saboreó con lentitud su combinado. Luego, asintió al giro de la plataforma orquestal. Los músicos de verde y amarillo, emergieron, como una borrachera de colores y de centelleantes instrumentos de viento y metal.

—¿Cómo hice, el qué? —indagó, burlón.

—¡Oh, vete al diablo! Sabes a lo que me refiero… Esas esmeraldas… ¡Te las habían quitado en Boulder City! ¿O lo que me contaste de la máquina de afeitar fue un cuento?

—Claro que no. Me quitaron la máquina. Y con ella, su compartimento secreto, sus piedras verdes… pero *sólo piedras verdes*. No esmeraldas, querida. ¿O crees tan desprevenido a Bryan Kirby, como para venir solamente con las auténticas, sin preocuparse antes en Londres unos duplicados exactos, sin valor alguno?

—Cielos… ¿Entonces las que dejaste a Ross Laine, en Nueva York…?

—No. Ésas eran verdaderas. Ellos podían ser entendidos. Ya ves que tuve razón. McDuff era un experto. Las hubiera reconocido. Pero el mundo no está tan lleno de técnicos en piedras preciosas, como de hongos. No florecen espontáneamente. Después de la aventura de Nueva York, cambié las piedras. Puse las auténticas donde menos buscaría nadie jamás: en el bolsillo exterior de mi propia americana. Al alcance de todos. Tan al alcance, que a nadie se le ocurriría imaginar semejante escondite. Y se las entregué a Peggy. Eso es todo. Ahora, alguien está corriendo en busca de «El Doctor»… para entregarle una bonita colección de cristales verdes.

—Bryan, eres maravilloso… ¿Nunca se te agota la caja de las sorpresas?

—El día que eso ocurra, di adiós a Bryan Kirby… Oh, ahora

atiende. Va a actuar Peggy Storm.

—¡Al diablo Peggy Storm! —Se irritó Helen—. ¿Qué te ha dado esa mujer?

—Mi pequeña Helen, te has tomado demasiado en serio el papel de prometida. Recuerda que fue solo una mentira inocente para nuestro amigo Thompson, el *cowboy*.

—Ya lo sé —inclinó la cabeza, súbitamente ensombrecida—. Perdona. No volveré a cometer errores de esa clase. Puedes cortejar a Peggy Storm y a cuantas quieras, Bryan. Sé que me soportas a tu lado por lástima, por ayudarme a huir…

—Vamos, tonta —Kirby la tomó por la barbilla y alzó su rostro. La luz de la pista, donde de súbito un tam-tam de la orquesta había iniciado la salida espectacular de Peggy Storm, hizo brillar la humedad en las pupilas de Helen—. No hablemos de eso ahora. Somos un par de buenos amigos, que acaban de salir de un lío, deshaciéndose de esas malditas piedras. Ahora, es problema de Peggy Storm conservarlas y lucirlas. Las Vegas está lleno de policías, detectives y todo eso. Posiblemente es el lugar más seguro del mundo, para lucir una fortuna en joyas… Ahora, mira. Actúa Peggy Storm…

Y ya, solamente dedicó su atención a la pista.

El primer número terminó, entre una salva de aplausos. Kirby y Helen estaban entre los que aplaudían.

—No canta ni baila bien —comentó ella—. Pero indudablemente tiene algo. Tal vez sea personalidad, además de figura y cara…

Kirby asintió. No se entusiasmaba fácilmente por nada. Tampoco ahora parecía entusiasmado. Su interés por Peggy Storm, tenía trazas de ser el frío y desapasionado de un espectador por una atracción.

—Attenborough nunca logrará ganarse a esa chica; ni siquiera ahogándola en joyas —opinó, tras un silencio, pidiendo otros dos combinados a una de las bellas camareras del local—. Le gusta esto. Se la ve vibrar cuando actúa.

—Sí, creo que tienes razón —asintió Helen.

La orquestina había iniciado otra pieza. Peggy Storm no se marchó. En vez de eso, comenzó a actuar de nuevo.

Era un número de *streap-tease*. Tal vez no lo llevase a sus últimas consecuencias, pero lo era. La poca ropa que lucía, empezó a caer, pieza a pieza, mientras cantaba bajo la cruda luz roja de un foco. Su cuerpo parecía una escultura.

—Thompson elige programas audaces —opinó Kirby, sin inmutarse. Miró a Helen, sonriendo—. Pero te aseguro que mi pulso sigue igual.

—Te felicito. Si tomaras el de otros clientes, te asustarías —rió Helen.

Cuando el *streap-tease* llegaba a su fase decisiva, un ingenioso truco dejaba a salvo el buen gusto del número, y concedía a Peggy más valor que a cualquier «estrella» de aquel dudoso arte.

Un apagón total de luces, sumía la pista en tinieblas, coincidiendo con un acorde violento de *jazz*. Y la voz de Peggy lanzaba su agudo final en la oscuridad. Luego, sonaron los aplausos, ensordecedores.

Las luces no se encendían, mientras continuaba aplaudiendo la gente. Sin duda, daban el margen preciso para que ella desapareciese de la pista. Junto a Kirby sonó una voz, sobresaltándole:

—Magnífica actuación, ¿eh, amigos?

Aun en la oscuridad la voz de Thompson era inconfundible.

—Es una auténtica atracción —asintió Kirby, volviéndose hacia donde estaba el hombretón—. ¿Y ahora?

—Ahora, al darse las luces, ella no está ya ahí. Y luego, aparece a recoger los aplausos, envuelta en una gran capa de raso rojo. Hay que cuidar siempre el efecto en los espectáculos. Celebro que les guste, amigos.

Las luces brillaron tan súbitamente, que todos parpadearon un momento, antes de mirar a la pista, arreciando los aplausos. Kirby se volvió también, batiendo palmas. A su lado, Craig Thompson lanzó una imprecación.

—¡Eh! ¿Qué ocurre? —gritó, abalanzándose hacia la pista.

Helen se inclinó, sorprendida. Y Bryan Kirby enarcó las cejas, sin quitar los ojos de la pista.

—Parece que ha hecho el número diferente esta noche —comentó—. O se ha puesto enferma…

Peggy Storm estaba tendida en la pista. Boca abajo, e inmóvil,

aún tal y como terminó su actuación, con una especie de breve «dos piezas» color naranja.

De pronto, Kirby tuvo un feo presentimiento. Se incorporó de un brinco. Corrió detrás de Thompson. Una camarera pretendió pararle, pero la echó a un lado, nada cortés.

Saltó a la pista, negra y bruñida. Thompson ya estaba inclinado junto a Peggy. Trató de moverla, en vano.

—No lo haga, Thompson —avisó fríamente Kirby.

—¿Eh? —El dueño de «El Desierto» le miró con sorpresa—. ¿Por qué?

—Mire eso, Thompson. Creo que su gran atracción, Peggy Storm, está muerta…

Señalaba el charco rojo, junto a su rostro crispado, inmóvil. Y el orificio que se abría en su frente, casi entre ambas cejas, por el que fluía el hilo de oscura sangre.

CAPÍTULO VIII

—Es un buen lío. Un buen lío —repitió Thompson. Y por si alguien no le había entendido, lo volvió a repetir tres peces más—. ¡Mataron a Peggy Storm!

—Escuche, Thompson, suena usted como un disco rayado —rezongó el teniente Powers, volviéndose con irritación—. ¿No puede callarse de una vez?

—Pero, teniente, es que ella…

—Sí, sí, lo sé. Ella era joven, era muy bonita, y era, además su gallina de los huevos de oro —cortó con enfado el policía—. Pero ha muerto. La metieron una bala entre ceja y ceja. Por todos los diablos, cállese de una vez y déjeme proseguir el interrogatorio…

Thompson calló. Su cara de saludable ranchero había perdido mucha jovialidad y mucho color. Parecía sufrir un cólico doloroso.

—Sí, será mejor mantenerse callado y sereno —opinó Kirby, fumando junto a él, con aire apacible—. Lo que sucede, no puede ya rectificarse. Peggy era magnífica, pero la mataron. Lo importante, es llegar a saber quién y por qué.

Thompson asintió, plañidero. El teniente Powers obsequió a Bryan con una mirada de soslayo, entre agradecida y recelosa. Pero no comentó nada, y se fue hacia Vicky, a la que estaba interrogando. La doncella, muy pálida, pero dueña de sus nervios, atendía a las preguntas y las contestaba con bastante claridad.

Cerca de ella había un hombre alto, pelirrojo y delgado, de facciones agresivas. Alguien había dicho que se llamaba Duke, y era el regidor de «El Desierto». Si Kirby entendía algo a las personas, simplemente mirando a sus ojos, era el que más impresionado estaba por la muerte de Peggy. Y él creía entender en eso.

—Bryan, ¿qué sucederá ahora? —gimió Helen—. Lo descubrirán todo…

—Calla. No hables de más, Helen. Hay que mantenerse en

guardia. Si el teniente te pregunta, dices la verdad a todo. No hay que hablar de lo de atrás, pero puedes hacerlo… siempre que no cites la clase de esmeraldas que le trajimos. Eran simplemente eso: esmeraldas. Unas gemas, de parte de un admirador inglés bastante rico. Ignoramos su valor. Y, naturalmente, su especial condición. ¿Entiendes?

—Sí. Entiendo, Bryan. Eso, lo de «El Doctor», lo del barco y todo eso, es mejor callarlo. Además, no tiene relación con esto… ¿O tal vez sí?

—Creo que sí tiene relación. Es muy casual que lleguemos nosotros, entreguemos las esmeraldas… y muera Peggy Storm.

—¿Y las esmeraldas, Bryan? El teniente las encontrará —dijo con súbito terror la joven.

—Mi querida Helen, no seas ingenua —sonrió él—. El teniente no las encontrará… por la sencilla razón de que esas esmeraldas ya no estarán en el *camerino* de Peggy, ni en parte alguna.

—¿Quieres decir…?

—Que la mataron precisamente por esas piedras. Lamentó haber sido portador de la muerte para esa muchacha, pero yo no podía evitarlo.

—¿Quién habrá sido, Dios mío?

—Evidentemente… «El Doctor» —dijo con calma Bryan Kirby.

—Parece que han aceptado la historia como buena.

—No te fíes demasiado de las apariencias, Helen. —Bryan Kirby aplastó su cigarrillo en el cenicero, y contempló el vacío pensativamente—. El teniente Powers es un viejo zorro. Ha admitido nuestra versión. Ha hecho pocas preguntas sobre las esmeraldas y sobre el modo que nos conocimos a bordo. No me gusta eso. Seguramente sospecha algo, y no quiere levantar la caza antes de tiempo.

—¿Qué puede sospechar?

—Eso nunca se sabe —Kirby se encogió de hombros, abonó los dos desayunos en el restaurante donde se habían acomodado, y emprendió la marcha hacia la salida, tirando de una mano de Helen—. La policía, a veces, sospecha más de lo que realmente existe. En otras, sospecha de los inocentes. Pero no tan a menudo como los escritores baratos pretenden hacer creer.

—¿A dónde me llevas ahora? ¿Hay mucha prisa para algo?

—Realmente, sí. Hay prisa para muchas cosas. En especial, para largarse de Las Vegas y dejar todo este lío detrás. Pero eso no va a ser fácil, ni mucho menos. Ahora nos tenemos que quedar, o la policía se lanzaría tras de nosotros ávidamente.

—¿Por qué crees que mataron a Peggy?

Caminaban a lo largo de la amplia calle central de Las Vegas, auténtica arteria vital y casi única, en la ciudad del vicio y del placer sin tasa. De día, las paredes y los anuncios apagados de los clubs, recordaban a un actor sin «maquillaje» o a una corista con la cara lavada. Todo resultaba lívido y triste, carente de su artificio nocturno.

—Ya te lo dije anoche. Las esmeraldas.

—¿No aparecieron?

—No.

—¿Se las llevaron del *camerino*? Porque en ese caso, era inútil matar a Peggy…

—Vicky, la doncella, ha hecho unas declaraciones muy interesantes. Ella asegura que Peggy tenía siempre consigo, en la pieza superior de su ropa interior, sobre el seno, una pequeña bolsita de plástico, con cierre, en la que guardaba sus joyas más valiosas al actuar. Anoche, tuvo ocasión de guardar las esmeraldas al recibirlas de mí, en esa bolsita. Lo confirma el hecho de que sus joyas, habitualmente ocultas en esa bolsita, estaban en el joyero de su tocador, como caso realmente raro, según Vicky.

—¿Y esa bolsita de plástico?

—No está, por supuesto. Hay un jirón en la tela de su pieza, junto al seno izquierdo. Y unas hebras de hilos. Pero nada más. Vicky asegura que ahí llevaba la bolsa ella.

—Pero el asesino debió disparar de lejos, ¿no crees?

—Eso no se sabrá hasta hacerle la autopsia y calcular un perito en balística la trayectoria del proyectil. Mi impresión es que el disparo partió de alguna de las mesas, y fue hecho con silenciador, aprovechando el acorde fuerte de la orquestina, y el apagón de la sala. El blanco estaba previamente elegido. Al apagarse la luz, dispararon.

—Un tirador muy hábil, ¿no, Bryan?

—Por supuesto. Y un ladrón muy hábil, si él mismo aprovechó

los quince o veinte segundos de oscuridad para correr a la pista, arrancarle a Peggy la bolsita, y regresar a su sitio primitivo o a otro donde tuviera un atisbo de coartada.

—Los hombres del «Doctor» son hábiles con las armas y con muchas otras cosas.

—Es un golpe tan certero, que más bien parece realizado por el propio «Doctor» —opinó Bryan Kirby gravemente.

—¡Oh, no! —Ella le miró de repente, parándose en la acera, con ojos desorbitados—. ¿«El Doctor» en Las Vegas? ¡Sería horrible, Bryan!

—Las cosas horribles, también ocurren, querida. Vamos a tener que habituarnos a muchas de ellas, si esto no se aclara pronto.

—Pero ¿quién podría ser «El Doctor», en esta ciudad? Un inglés sería pronto notado aquí, como lo eres tú…

—Hemos dado por sentado demasiado pronto que «El Doctor» sea necesariamente un inglés. En realidad, tú no le has visto nunca. No has hablado con él. No sabes siquiera si vive en Londres, o allí tiene a un agente o a varios, que cuidan de su organización, y le trasmiten a él sus informes y datos. «El Doctor» puede residir en Inglaterra, en los Estados Unidos, o en cualquier otra parte del mundo.

—¿No suena a algo demasiado fantástico? Una organización mundial para el delito…

—Mi querida Helen, si yo te contara la mitad de cosas que he conocido en mi vida, te parecerían todas de lo más fantástico que puedas imaginar. Y, sin embargo, son verídicas.

Se detuvieron. Estaban ante «The Dessert», el local de Thompson. Aparentemente no había sucedido nada en él. Era otro de los fantasmas lívidos, con su cara lavada, pero nada más. A la luz del día, resultaba imposible imaginar que allí, doce horas antes, una mujer hermosa y sensacional había encontrado la muerte en la pista.

—¿Vamos a entrar otra vez ahí? —Se estremeció Helen.

—Es el mejor sitio para iniciar cualquier investigación.

—¿Y tú piensas investigar?

—Tal vez.

—¿Por qué, Bryan? Dijiste que, una vez libre de esas esmeraldas, nada tendrías que ver con el asunto. No eres un detective.

—No, pero hay algo en todo esto que no me gusta. Si pudiera saber quién disparó sobre Peggy Storm, me quedaría mucho más tranquilo; puedes creerme. Si el teniente Powers se fija en mí como sospechoso, puede crearnos dificultades muy serias. Además… es posible que «El Doctor» nos haya sentenciado también a muerte. No, Helen, uno no puede estar pasivo en cosas así.

Se dispuso a entrar en «El Desierto». En ese momento, alguien les llamó a su espalda:

—¡Eh, ustedes! ¿Señor Kirby?

Bryan se volvió más serenamente que Helen. Miró con curiosidad al que llamaba. Un automóvil azul se había estacionado junto a la acera. Era un «Ford Edsel» descapotable, de esbeltas líneas. Su conductor era también de línea muy esbelta, sin ser de la *Ford.*

Estudió la faz ovalada y pálida, los tibios ojos celestes, la barbilla enérgica, y las largas y finas manos sobre el volante. Un ligero jersey violeta se amoldaba a un cuerpo muy suave, casi aristocrático. Podía ser una mujer de unos veinticinco años, pero no más. Parecía haber nacido sentada al volante.

—¿Otra mujer? —susurró Helen—. Pero, Bryan, ¿qué les das?

—Que me ahorquen si lo sé —Kirby se acercó al coche, arrugando el ceño para soportar la cruda luz de la mañana, pegándole ahora de cara—. ¿Me llamó a mí, señorita?

—Señora. Señora Goodish —rectificó ella, muy suave. Pero los ojos no eran suaves—. Me figuré que usted era Kirby.

—Pues sí, lo soy. Pero creo que nunca nos presentaron a usted y a mí, señora.

—No, nunca. Mi nombre completo es Jane Goodish. Supongo que seguirá sin decirle nada.

—Supone perfectamente, señora.

—El teniente Powers me ha hablado de usted. Por eso le busco.

—Aún lo entiendo menos. ¿Qué relación tiene usted con lo que sucede?

—Esa mujer, la que mataron anoche ahí dentro… —señaló hacia el *night-club*—. Era amiga de mi marido.

—¿Amiga?

—Demasiado amiga, sería más exacto —completó ella con aspereza. Los ojos relampaguearon—. Hoy es un día casi feliz. Ella

ya no existe.

—Una idea poco piadosa, señora. ¿Por qué *casi* feliz?

—Si Mark no estuviese mezclado en ello, me sentiría dichosa.

—Mark es su esposo, ¿no?

—Eso es —apretó los delgados labios, con ira—. Usted… usted dio un valioso regalo a esa mujer, ¿no es cierto?

—No creo que deba discutir eso con usted —sonrió, algo duro, Kirby.

—Yo creo que sí. El regaló pudo ser de Mark… para ella.

—Recobre la paz en ese sentido. No era de Mark.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque sé quién hacia el regalo. He venido desde Londres para entregarlo.

—Mark ha regresado de Londres anteayer, por avión —replicó ella, en forma sorprendente—. Su argumento se vuelve, pues, contra él.

—Le repito que conozco a quién hacia el regalo a Peggy Storm. Es un hombre con el que he tenido trato anteriormente. Un hombre rico, señora Goodish.

—Mark es rico. Porque yo soy rica, claro. Y al casarnos, mi padre le dio una dote demasiado generosa. Sigue sin demostrarme nada.

—No necesito demostrárselo, señora. Yo sé que su esposo no fue. Eso me basta.

—Mark viene muy nervioso de Londres. Estaba deseando ver a Peggy, lo sé. Estaba loco por ella. De no ser por mi dinero, se hubiera divorciado de mi hace tiempo.

—Usted en cambio, pudo divorciarse de él, si podía probar su relación con la Storm.

—Claro. Pero yo le quiero. No deseo separarme. Sólo necesitaba recobrarlo.

—Bien, señora Goodish. Ya lo ha recobrado. ¿Por qué no olvida lo demás?

—No puedo. La policía dice que Mark pudo hacerlo.

—¿El qué?

—Matar a esa mujer.

—¿Por qué había de hacerlo? Dice usted que estaba loco por ella.

—Y ella lo estaba por todos los hombres. Era una perra. Si su regalo no era de Mark él pudo vigilar, enterarse… Llevado por los celos, entonces, disparó sobre ella.

—¿Es tan buen tirador como todo eso?

—Es campeón del «rodeo» anual. Y tiene título de socio del Real Club de Tiro de Londres. Hace muchos viajes a Europa. Sus padres son ingleses.

—Ya —Kirby estaba reflexionando intensamente—. Bien, señora. De cualquier modo, ese regalo será motivo de preocupaciones para usted. Si lo hubiera hecho su esposo, por motivos íntimos. Si no lo hizo él… a causa de las sospechas de la policía. ¿Por qué versión se inclinaría usted?

—No lo sé. Quería hablar con usted para salir de dudas. Pero veo que no es éste el camino.

—¿Por qué no se lo pregunta a él, y se sinceran ambos? Es una solución lógica.

—Quisiera saber dónde está él ahora. Ni siquiera lo he visto desde ayer por la tarde. No ha ido a casa a dormir, señor Kirby. Gracias de todos modos… y buenos días.

Pisó el acelerador. El «Ford Edsel» se alejó suave como una seda, calle abajo. Kirby lo contempló. Luego, se volvió a Helen, y lanzó un suspiro.

—Todo el mundo parece tener una rara preferencia por ir a Inglaterra. Y por parecer sospechoso. Mi querida Helen, éste es el más encantador rompecabezas que vi jamás.

La tomó por el brazo, y entró resueltamente en «El Desierto».

CAPÍTULO IX

Helen se quedó en la barra del salón exterior, sorbiendo un jugo de frutas.

Bryan Kirby entró en la sala de juego. Pasó después a la de atracciones. Sillas y mesas formaban ahora una jungla desnuda y erizada. En la pista, una silueta con tiza blanca, marcaba lúgubremente el punto donde la noche antes yacía Peggy Storm.

Rodeó la pista, muy despacio. Alzó la cortina de plata, y pasó al escenario. Había luz en el *camerino* de la mujer asesinada. Con las manos en los bolsillos y el aire meditativo, avanzó hacia él. Antes de llegar, se detuvo.

Dos personas hablaban dentro. No habían oído las suaves pisadas de sus suelas de crepé. Esperó, aguzando el oído. No le gustaba espiar. Pero otras muchas cosas no le gustaban, y tenía que soportarlas.

—Ahora, que ella no está, todo será más fácil, querido… Ella no te convenía.

—¡No sabes lo que dices, Vicky! —replicó la voz del hombre, tras sonar la de la doncella—. Yo nunca sentiré por ti lo que sentía por ella…

—Eres un maldito cínico, Duke —la ira casi ahogaba la voz de la doncella—. Cuando te convino mi amistad para acercarte más a ella, bien la utilizaste. Y me mentiste, me fingiste un amor que no sentías…

—Vicky, eres una chica bien parecida. Me gustas, pero no te amo.

—¿Y a ella sí? ¿A ella la amabas? —saltó la doncella, furiosa.

—Era distinto, Vicky. Tú sabes que yo solamente me cuidaba de vigilarla… De cuidarla a distancia…

—¡Cuidarla a distancia! Mientes otra vez, Duke. No era por encargo de ese ricacho estúpido de Goodish por lo que vigilabas a

Peggy. Te traías otro juego, que no sé cuál sería… Y luego, caíste en las redes de ella, y ya no pudiste volverte atrás. Eso es lo que te ocurrió.

—Repite eso otra vez, y te abofetearé, estúpida —se enfureció el regidor.

—¡Es la verdad, Duke!

Sonaron varios bofetones. Él, furioso, replicó con voz sonda:

—¿No ves que eso podría complicarme en este jaleo? Pensarían que yo tengo algo que ver en el crimen… me molestarían mucho…

—¿Y qué? Tal vez sea verdad que tienes que ver en todo esto… ¿Con quién hablabas, si no, anoche, por teléfono?

—¿Eh? ¡Cierra el pico, harpía! —El tono de Duke era realmente ominoso ahora—. ¡Me espiabas! ¿Qué oíste? ¡Di! ¿Qué oíste?

—Hablabas con alguien, Duke. Yo te oí, sí. ¿Quién era ese doctor a quién hablabas de…?

De nuevo volvieron los bofetones y golpes. Vicky gimió. Cayó al suelo, a través de la puerta del *camerino*, en pleno corredor. Llevaba la blusa rasgada, y debajo ninguna otra prenda.

La doncella, retorciéndose en el suelo, dolorida, vio a Kirby y lanzó un leve grito de sobresalto. Kirby quiso marcharse, pero ya era tarde.

Atraído por la expresión de la doncella y su grito, el pelirrojo, enjuto y recio Duke, salió al pasillo. Aún llevaba jirones de la blusa de Vicky en su mano derecha. Al ver a Kirby lanzó una interjección obscena.

—¡Usted! —farfulló—. ¡Otro cochino espía!

—¿Conque telefoneando al «Doctor» anoche, eh, Duke? —le espetó Kirby, por toda respuesta—. Explique eso, amiguito…

En vez de ello, Duke volvió a jurar algo sucio y malsonante, y, con los ojos inyectados en sangre, estiró la mano, aferrando una de las barras de hierro que servían de soporte a los decorados sintéticos del espectáculo.

La alzó arrojándola rabiosamente contra Kirby.

Bryan se tiró de costado, y la barra de hierro le pasó rozando, golpeó de refilón su brazo, y chocó ruidosamente contra una columna. Duke ya buscaba con la mirada otro objeto contundente. Lo peor, es que había allí cerca varias barras metálicas más.

Llegó a aferrar la segunda, y levantarla en alto, pero Kirby cayó

sobre él, con la elasticidad silenciosa y fácil de un gato.

Le sepultó ambos pies en el vientre, al caer. Duke tosió, doblándose, y trató en vano de alcanzar la cabeza de Bryan con la barra. Kirby eludió el impacto, le sujetó la muñeca, doblándosela violentamente, al tiempo que le descargaba un cabezazo contra la mandíbula.

Aturdido, soltó la pieza de metal. Kirby le batió a golpes, haciéndole saltar el rostro a un lado y otro, hasta dejarlo inmóvil por completo. Se incorporó jadeante, contemplando al caído.

Vicky se había levantado, demasiado asustada por la escena para ocultar lo que los rotos de su blusa mostraban. Miró a Kirby con auténtico terror, mientras el aventurero recobraba su habitual compostura y alisaba con calma sus cabellos.

—Dios mío… —musitó la doncella—. Pudo… pudo haberle matado…

—Claro que pudo haberlo hecho. Y trató de hacerlo. Por la misma razón que la golpeó a usted. Está muy enamorada de él, ¿no?

—Sí.

—No lo merece. La hubiera matado por nombrarle la llamada telefónica de anoche. Usted le oyó hablar con «El Doctor», ¿no es cierto?

—Pues le oí, sí… Creí que estaba enfermo, no suponía que era algo peor… hasta que le oí decir: «Descuide, jefe. Si ese hombre pisa Las Vegas, lo mataré. Puede confiar en mí». Eso me asustó mucho. Parecía hablar muy en serio.

—Creo que sí hablaba en serio. Sólo que se valoraba en más de lo que realmente es. Como agente del «Doctor», no es gran cosa.

—Pero… ¿quién es «El Doctor»? —susurró Vicky, estremecida.

—Un criminal muy poderoso. Y despiadado —contempló a Duke —. Pero a veces, rodeado de pobres diablos sin imaginación. Vicky, voy a llamar a la policía. Usted, cuide de él entretanto. Que no escape. Me responde con su propia seguridad.

—Lo haré, no tema —aseguró ella, enérgica, inclinándose a tomar una barra de hierro—. Si se ha mezclado en algo criminal, deberá pagar. Yo me sentía muy celosa de Peggy Storm. Pero jamás la hubiera deseado ningún mal. Y mucho menos, una muerte tan terrible…

—Creo saber que es así, Vicky. Son apenas unos segundos.

Vuelvo enseguida.

Regresó a la sala. La cruzó a la carrera. «El Desierto», a aquellas horas de la mañana, era un auténtico desierto. No vio absolutamente a nadie por parte alguna. Llegó a la sala exterior, donde dejara a Helen sorbiendo su jugo de frutas. La muchacha se divertía haciendo funcionar una máquina tragaperras, con escaso éxito.

—Menos mal que vuelves, Bryan —bostezó al oírle—. Creía que… ¡Bryan! ¿Otra vez te has metido en jaleos? ¡Estás hecho una lástima!

—Lo siento, Helen, pero en este país, uno no puede guardar la compostura mucho tiempo… —Llegó al mostrador, y tomó el teléfono, ante la sorpresa del barman a quién preguntó, antes de llamar—: ¿No hay nadie en el local? ¿Ni Thompson, ni ningún otro?

—No, señor. Solamente la doncella de la señorita Storm, Vicky… Entró hace rato.

—Sí, a ésa ya la vi —suspiró Kirby—. Y Duke, el regidor.

—¿Duke? Oh, por aquí no ha entrado —refunfuñó el *barman.*

—¿*No*? ¿Por dónde, entonces? —Ya había descolgado y marcaba el número de la policía, muy visible en un rótulo con los números de emergencia, inmediato al teléfono.

—La puerta de atrás, la que conduce directamente al escenario, por la otra calle. Es la que usa siempre Duke…

Kirby ya tenía el dedo en la última cifra. Ceñudo, miró al barman. Tuvo un presentimiento. Nada concreto, pero un terrible presentimiento que deseó de todo corazón no se confirmara.

Entonces sonó el grito largo, terrible, al fondo del club. Muy lejano y apagado. Un grito de mujer.



El grito de mujer hizo correr más a Kirby

Helen pegó un respingo, el barman soltó una copa que se hizo añicos. Kirby colgó apresuradamente. Creyó percibir algo así como un taponazo de champaña. Echó a correr, sin detenerse un solo segundo.

—¡Cuidado, Bryan! —gritó tras él Helen Loring, lanzándose en

pos de sus talones.

Kirby corría desesperadamente. Salvó las mesas de juego, las tragaperras, la jungla de sillas y mesas, la pista de atracciones y la cortina de plata, en cuestión de cinco o seis segundos, pese a su amplitud y dificultades, con la escasa luz del día, filtrándose por espesos tragaluces muy dispersos.

Derribó algunas sillas y una mesa, y hubo de saltar sobre ellas elásticamente, para no caer. Desembocó en el pasillo de los *camerinos* como un huracán. Un momento antes, un motor de automóvil llegó a sus oídos, alejándose rápidamente. Y venía del fondo de las dependencias del escenario.

Duke, el regidor, y Vicky, la doncella, seguían allí.

Era lo único que no haba cambiado. Pero las circunstancias, sí.

Vicky ya no cuidaba de Duke. Ni de nadie. Estaba muerta con un balazo borrándole el rostro. La sangre chorreaba feamente por él, y por su blusa rota y su seno.

En el mismo sitio en que cayera, yacía Duke, tras la paliza recibida.

Pero ahora, con la nuca agujereada por dos orificios de bala. Había salido poca sangre. Sin embargo, era igual.

Estaba tan muerto como Vicky.

CAPÍTULO X

Un motor roncó en el exterior. Se alejaba rápidamente.

Bryan Kirby saltó por encima de los cadáveres, buscando la salida posterior. Cuando la encontró ni el motor ni el coche que lo producía estaban a su alcance.

Pisó la acera de una calle posterior, nada frecuentada. Miró a un lado y otro. Todo aparecía desierto. Enfrente, en una larga tapia, se anunciaba una marca de cigarrillos, con una chica en *bikini*, fumando muy sonriente.

Era la única que había visto al coche que se iba. Y a su conductor, sin duda alguna. Pero Bryan aún no había aprendido a hacer hablar a las figuras impresas. Desalentado, rodeó la esquina más inmediata. Se encontró en la calle principal, no lejos de la puerta del club de Thompson.

Un policía de uniforme, que paseaba por allí, le miró curiosamente. Kirby se dijo que debía resultar bastante sospechoso, en esos momentos. Se dirigió al agente y habló de mala gana:

—Si no tiene nada mejor que hacer, agente, entre conmigo al «Desierto».

—¿Eh? —rezongó el otro—. ¿Qué es lo que quiere usted, señor?

—Enseñarle dos cadáveres. No, ninguno es el de anoche. Aquí hay surtido para todos los gustos. Ahora son otros dos los muertos. Acabo de encontrarles en el escenario.

Cuando el policía se percató de que hablaba en serio pegó un respingo y corrió con él al interior del «Desierto» por la puerta posterior. Encontraron ya al barman y a Helen Loring. Los dos tenían la cara que uno pone cuando está subido en el Empire State y siente que pierde el pie, al borde de la cornisa. Kirby no sabía de nadie que hubiese pasado esa experiencia, pero no sería peor su cara que la del empleado y la muchacha en esos momentos.

—Es espantoso, Bryan —se lamentó Helen, cuando él la apartó

de allí, en tanto que el policía contemplaba aquello y ordenaba inmediatamente al barman que telefonease a la Jefatura, indicando que enviasen un coche patrulla, y al teniente Powers también, con una ambulancia, el forense y los muchachos del gabinete antropométrico.

—Espantoso, sí —suspiró Kirby, ceñudo—. Los cadáveres florecen a nuestro paso como setas en un bosque, después de la lluvia.

—¡Oh, por Dios! ¿Es que nunca puedes hablar en serio?

—No sabes lo serio que estoy en este momento, querida. Sólo que no se me ocurre decir cosas lúgubres y plañideras, porque ni servirán para devolver la vida a esos dos, ni tampoco para que cacemos al «Doctor».

Helen palideció. Esto no parecía muy posible, a la vista del color de su piel. Pero aun así, ocurrió.

—¡El «Doctor» otra vez! Bryan, ¿crees que ese hombre puede ser un carnicero tan terrible?

—Si no fuera él, alguien tendría que serlo. Es evidente que nadie como nuestro muy enigmático «Doctor» para cargar con esa posibilidad.

—¿En qué te basas para eso, Bryan?

—Ya te lo diré. Duke era un hombre del «Doctor».

—¡Oh, no!

—Oh, sí. Lo era. Anoche mismo habló con él, antes de llegar nosotros. Le aseguró que se cuidaría de mí. Y Vicky le oyó. Al parecer, la chica estaba chiflada por él. Pero no tanto como para no ver que estaba mezclado en algo feo. Eso le costó una buena paliza. Yo le di otra a él, cuando se creyó que era otra Vicky. Y cuando creía poder obtener algo, matan a Duke. Y como Vicky cuidaba de él… matan también a Vicky. Es horrible, Helen. Pero no podemos hacer nada. Sólo asistir a la función. Y desear que no empiece el baile contra nosotros…

Helen se estremeció. Iba a retirarse, cuando el policía avisó:

—No se mueva ninguno. A lo mejor el teniente Powers prefiere que permanezcan aquí, y les hace algunas preguntas.

Tuvo razón. El teniente Powers tenía sumo empeño en hacerles preguntas. Y esta vez, eligió para ello a Bryan Kirby.

—Bueno, Kirby, vamos a quitarnos la careta, ¿eh? —Fue lo

primero que dijo. Y, desde luego, no resultaba nada tranquilizador.

Kirby era muy listo. Por lo menos lo bastante para comprender que era mejor hacer caso al teniente.

—Almas al desnudo, teniente —dijo con voz grave—. ¿Qué quiere saber?

—Todo.

—¿Absolutamente todo?

—Eso es.

—¿Sospecha tal vez de mí?

—Se lo diré cuando termine de contarme cosas —suspiró el policía de Las Vegas—. Entonces podré hacer dos cosas, Arrestarle, acusado de tres asesinatos, por lo menos, o pedirle que me ayude a aclarar este lío. En marcha el fonógrafo, Kirby. Y procure que no se atasque la aguja.

—No le gustan los rodeos, ¿eh, teniente?

—Los detesto. Y el ganar tiempo para pensar, más aún. Ande, Kirby, piense que soy su madre. Y sincérese como un buen chico.

Kirby sonrió. Empezaba a gustarle el teniente. Todo sería que al terminar, ya no le gustara tanto, viéndose con unas esposas en las muñecas.

Lo refirió todo. Incluso lo sucedido a bordo. Como había dicho el teniente, era mejor hablar sin careta.

Powers afirmó dos o tres veces, frunció el ceño una docena por lo menos, y finalmente se echó las manos a la cabeza, escandalizado. Pero no buscó las esposas.

—Es usted una especie de homicida, truhan, falsario, contrabandista y no sé cuántas cosas más, bien metidas en una *coctelera.*

—Aproximadamente, teniente —rió Kirby, con los ojos graves.

—¿Sabe que puedo hacerle encarcelar, con un montón de cargos, si me parece bien?

—Claro, teniente. Lo sabía cuando me presté a pasar esas piedras de parte de mi buen amigo de Londres. Si denuncia esto a la Interpol, se librará de mí por unos cuantos años. Les advertí tanto la historia de esas esmeraldas, que se partirían de risa mientras contaban los años que me correspondían por delitos internacionales.

—Y, entretanto, otro delincuente internacional, este mucho más importante, se nos escaparía de las manos: El «Doctor».

—Por una vez, no me ofende que me reste importancia. Sí, creo que el «Doctor» sería mejor presa qué yo para Interpol.

—Y para mí también —confesó Powers—. ¿Quiere que hagamos un trato, Kirby?

—¿Un trato? —Cautamente, Bryan estudió a su interlocutor, sin comprometerse a nada—. ¿Qué clase de trato, teniente?

—Uno muy simple. Yo le ofrezco algo, a cambio de algo. Tan viejo como el mundo, ¿no?

—Sí, una vieja transacción comercial. Pero que puede ser interesante. ¿Qué me ofrece usted, en concreto?

—La libertad. Y su regreso sano y salvo a Inglaterra.

—Interesante. ¿Qué he de dar yo, a cambio?

—«El Doctor».

Kirby meneó la cabeza, afirmando.

—Sí, claro. Era de suponer. Todo un negocio… para los dos. Pero supongamos que mi parte no es tan fácil como uno puede suponer. ¿Qué ocurre entonces?

—Si no hay «Doctor»… esto, Kirby —suspiró, tintineando en el bolsillo algo metálico, que no era precisamente un sonajero—. Lo siento.

—Yo también, se lo juro —Kirby suspiró, poniéndose en pie. Dio unos pasos breves por la estancia donde estaban reunidos los dos.

—Puedo darle tiempo para pensar una respuesta. Pero creo que el tiempo hace falta para cosas más prácticas. Y, después de todo, no hay mucho que pensar.

—No hay nada que pensar, en realidad —se volvió, con una sonrisa que no lograba quitar a sus ojos la dureza y gravedad de sus pensamientos—. Trato hecho.

—¿Cuándo cree que podrá señalarme al «Doctor» con el dedo, Kirby? Con pruebas, por supuesto. No me gustaría volver a hacer guardia en una esquina, con los galones de sargento, por acusar en falso a alguien…

—Es difícil fijar un plazo. Ni siquiera tengo sospechas de nadie, teniente…

—Tiene lo que resta de semana para descubrir algo. Oficialmente será un sospechoso. Mi sospechoso número uno. Es la mejor manera de que alguien se confíe.

—Sí, creo que nadie imaginará a Bryan Kirby, unido a la policía.

Y «El Doctor», menos que ninguno.

—Esa chica, Helen Loring… ¿le interesa, Kirby?

Una pausa, Bryan arrugó el ceño. Afirmó con sencillez, casi sorprendido de sí mismo.

—Sí. Me interesa, teniente Powers. Gracias.

—¿Gracias, por qué? —se sorprendió Powers.

—Por preguntármelo. Me ha hecho pensar en ello. Y creo que me interesa. Es una chiquilla en el fondo. Sólo que empezó mal. Se hizo una buena pícara. Tal vez a mi lado se regenere…

—Sería el milagro más extraordinario del mundo —suspiró el teniente, sarcástico—. Pedí su ficha a la policía inglesa ayer mismo. La he recibido por cable.

—Oh, entiendo —Bryan rió—. No me cite cosas horribles. Conozco mi historial.

—No se preocupe. Sería incapaz de sacar un solo ejemplo, entre tantas barbaridades como figuras allí… —Hizo una mueca, miró a Kirby con asombro y concluyó—: ¿Sabe una cosa? Creo que es usted el granuja más grande del mundo… y también el más simpático.

—Muy amable, teniente.

—Además, hay algo que le ha salvado, amigo mío.

—¿Qué es ello?

—El ser enteramente leal conmigo. Se quitó la careta de verdad. Y la verdad, no lo esperaba de un tipo como usted.

—Yo tampoco, teniente, si he de serle sincero —sonrió Bryan—. Voy a creer, después de todo, que usted logró recordarme a mi madre…

Y salió de la estancia, silbando entre dientes «Tiempo Borrascoso».

Jane Goodish miró fríamente a su visitante.

—¿Qué ha venido a buscar, señor Kirby? —preguntó con voz hostil.

—A usted. Y a su querido Mark.

—Mark… —Ella respiró hondo—. No puede verle ahora. Está enfermo.

—Vaya… ¿De modo que apareció? ¿Y enfermo?

—Sí. Bastante enfermo.

—Entonces, llame al doctor.

No apartó de ella sus ojos en un momento, esperando una

reacción. No la hubo. No se sintió defraudado. Otra cosa hubiera sido demasiado fácil.

—Ya lo he llamado —dijo ella gravemente—. Dice que Mark sufre una fuerte insolación. ¿Sabe lo que le ocurrió? Bebió mucho al venir, tomó su coche, y se fue a dar un paseo por el desierto. El motor se le descompuso, lejos de todo lugar habitado. Tuvo que venir a pie, hasta encontrar una carretera, a lo largo de un pedregal interminable.

—Patético Pobre Mark. Dígale que deseo se restablezca pronto.

—Está burlándose. ¿No me cree?

—Ni una palabra, señora Goodish —sonrió fríamente Bryan Kirby, hundiendo las manos en los bolsillos de su pantalón, y recostándose con indolencia en el porche. La casa era fresca, moderna y agradable. Todo tenía allí un aire aséptico y rectilíneo. Era la zona residencial de Las Vegas.

—Es usted un impertinente.

—Ya lo sé Los impertinentes tienen de malo el decir las verdades a quienes no les gusta oírlas. Por eso son impertinentes, señora Goodish.

—¿Qué cree, entonces? ¿Qué he encontrado a Mark y lo he matado, ocultando su cadáver en el frigorífico? —se mofó ella, con un sentido del humor bastante dudoso.

—Por Dios, no hable de cadáveres —se estremeció Bryan—. Acabo de dejar dos en «El Desierto».

—¿Dos? —Ella palideció. Crispó una mano en el quicio de la puerta—. ¿Bromea?

—No, no. Yo no bromeo con los muertos, señora Goodish. Alguien que tiene una puntería endiablada, se está divirtiendo. Pero en vez de matar conejos, prefiere elegir personas.

—¡Mark no ha sido!

—Yo no dije eso tampoco. Fue usted quien me aseguró, hoy mismo, que él pudo ser quien mató a Peggy Storm…

—Por favor, entre —miró a ambos lados, preocupada, y luego precedió a Bryan por una serie de estancias puramente funcionales, decoradas con muy buen gusto y mucho dinero, hasta un *living*, dotado de radiogramola, televisor y mueble-bar. También armas de fuego en el muro. Le indicó un asiento, al tiempo que preguntaba—: ¿Aperitivo, cóctel, bebida simple…?

—Dos dedos de *whisky* y medio de soda —sonrió Bryan—. No creo que tenga apetito esta noche, ni siquiera con aperitivos.

Ella le sirvió. Se hizo a sí mismo una mezcla de menta, ginebra y soda, y cerró el mueble-bar, sentándose frente a Bryan. Cruzó las piernas. No era una Storm, pero estaba bien. Y se cuidaba de ocultarlas tanto como la pobre Peggy.

—Le hice entrar porque los vecinos pueden oírnos, señor Kirby, no porque me agrade su visita demasiado —dijo, sin mucha diplomacia.

—Encantadora sinceridad, señora Goodish —agradeció Bryan, inclinando la cabeza—. Tenía mucho más interés en hablar conmigo cuando me llamó esta mañana, ¿no?

—Es distinto. Entonces estaba asustada. Creí que Mark había matado a Peggy…

—¿Y ahora ya no lo cree?

—No, ya no.

—Bien. Supongo que será inútil preguntarle por qué supone tal cosa.

—Mark no estuvo anoche en Las Vegas. Ahora sé dónde estuvo.

—¿De modo que es verdad que ha vuelto? —Miró la panoplia de armas de fuego, pensativo.

—Sí.

—¿Arrepentido de todos sus errores, supongo?

—Sí —repitió ella, tras una vacilación, irritada.

—Supongo que no habrá vuelto hace menos de tres horas, ¿verdad?

—¿Por qué le interesa saber la hora en que volvió?

—Oh, por nada. Simples ganas de pensar mal. Hace tres horas que alguien practicó el tiro sobre dos personas, en «El Desierto». Mató a las dos. Vicky, una doncella, y Duke, el regidor. ¿Los conocía usted?

—No —el vaso de licor tembló en la mano de la dama—. ¿Por qué me dice todo eso?

—El asesino huyó en un coche. Rápido y poco ruidoso. Un «Chevrolet», diría yo. Su marido no tendrá un «Chevrolet», ¿verdad?

—No, no es un «Chevrolet». Y no pudo ser él quien disparó. Cuando yo llegué a casa, después de hablar con usted, él ya estaba aquí, esperándome. Nos reconciliamos.

—Como en los romances de amor —suspiró Kirby, incorporándose y dejando el vaso vacío sobre una mesa—. Bien, señora Goodish. Gracias, de todos modos… y adiós. El *whisky* era excelente.

—Si quiere, le haré enviar una botella. Pero no venga más.

—Enternecedora cordialidad de Las Vegas. «¡Bienvenido, viajero!» —Bryan soltó una risita, ya en el porche florido de la alegre vivienda de los Goodish—. Adiós, señora…

Se alejó, con paso largo y elástico. Ella, pensativa, le siguió con la mirada. Luego, cerró la puerta suavemente.

Bryan Kirby alcanzó su automóvil, parado ante la casa. Lo había alquilado en un establecimiento de coches usados, en Las Vegas. No era de los Goodish, pero sí de Bryan Kirby. Y eso bastaba.

A pesar de ello, había un Goodish dentro del coche.

Estaba sentado junto al volante, fumando un cigarrillo. Vestía una horrenda camisa roja y negra. Para haber cogido una insolación en el desierto, tenía la cara muy pálida.

Él mismo se presentó, mientras Bryan miraba atrás. La puerta de la casa no se veía desde el exterior. Unos altos macizos de ramajes lo impedían. El hombre habló sin mirarle:

—No, no se ve desde allí. Yo soy Mark Goodish.

Kirby lo estudió de hito en hito. Rodeó el coche, se sentó al volante y preguntó.

—¿Le llevo a alguna parte?

—No. Por ahí —hizo un gesto vago—. Luego, déjeme en cualquier parte. Quiero dar un paseo.

—Muy bien —pisó el acelerador y se lanzó por la amplia carretera, hacia Lago Mead. Tras un silencio, habló sin mirarle—: Usted es Mark Goodish. Quiere dar un paseo. ¿Sabe quién soy yo?

—Sí, Jane me habló de usted. Vicky me habló de usted…

—¿Vicky? —Bryan pegó un respingo, y le miró por primera vez —. Vicky está muerta…

Ahora fue él quien dio un salto en su asiento. Le estudió, horrorizado. No discutió.

—No me engañaría en una cosa así —dijo roncamente—. ¿Cómo ha ocurrido?

—Igual que a Peggy. Un balazo. Y también Duke cayó.

—Duke era un cerdo —dijo, sin mucha caridad, Mark Goodish

—. Pero Vicky… La pobre Vicky…

—¿Cuándo le habló ella de mí?

—Anoche, cuando usted le llevó a Peggy el regalo… Ella me telefoneó. Vicky era muy leal. Y buena chica. Les escuchó desde el *camerino* inmediato, que está desocupado. Supo lo que usted le entregaba a Peggy. Me lo dijo.

—Luego, Peggy murió. Y Vicky. Y Duke —Kirby estudió a su compañero de asiento con aire tenso—. ¿Era cierto lo de usted y Peggy?

—Sí. Yo quise a Peggy de verdad. Ella, no creo que me amase. Era una criatura rara. Todos la querían. Y ella no quería a nadie.

—Hay quien dice que estar rodeada de hombres enamorados, es peligroso. Por lo visto, no lo es tanto como recibir algo de valor. Algo que ambiciona otra persona: «El Doctor».

—«¡El Doctor!» —Mark Goodish enarcó las cejas—. Oí hablar de él en Inglaterra. ¿Existe realmente ese asesino?

—Claro que existe. Es un supercriminal. Pero ha perdido la cabeza ahora. Ha matado a demasiada gente.

—¿Él en persona?

—Él o sus agentes. No sé por qué, tengo la impresión de que él mismo se ocupa del caso.

—¿Y quién puede ser «El Doctor»?

—Cualquiera. Usted mismo.

—¿Yo? —rió de buena gana—. No soy inglés, ni vivo en Inglaterra.

—No se fíe de eso. Usted viaja a Inglaterra con frecuencia. Se ha dado por sentado con demasiada premura, que «El Doctor» es inglés. Yo no estoy seguro. Ni siquiera de que viva en Inglaterra.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Nada —Kirby conducía diestra y suavemente—. Hablemos de usted. Es más interesante. ¿Por qué se ha metido en mi coche a esperarme? ¿Por qué sabía quién soy?

—Al oírle llegar, salí por la puerta de atrás. Jane no quería que me viese nadie. Luego, pensé que todo eso era ridículo e injustificado. Y rodeé la casa, disponiéndome a aguardarle.

—¿Y por qué me aguardó?

—Ni yo mismo lo sé —se encogió de hombros—. Supongo que por curiosidad.

—Yo también soy muy curioso, Goodish. ¿Dónde estaba usted anoche, cuando mataron a Peggy Storm?

—Donde me telefoneó Vicky, diciéndome que usted había ido a llevarle unas esmeraldas valiosísimas. Seguramente durante la llamada la mataron, porque cuando Vicky llamó, me dijo que Peggy había salido a escena, con las esmeraldas en su seno.

—Pero aún no sé a dónde le telefoneó. Pudo ser al vestíbulo del propio «Desierto».

—No haga chistes. Me llamó a casa de Ross Laine.

—¡Ross Laine! —Bryan Kirby giró la cabeza, mirando con estupor a Mark—. Repita eso, ¿quiere?

—Claro. Estaba en casa de Ross Laine, en Henderson. Es un viejo amigo mío.

—Conozco a un Ross Laine. Supongo que no será el mismo…

—¿Dónde le conoció?

—En Nueva York. En un negocio de importación y exportación de medicamentos.

—Entonces, es el mismo. Ross Laine, además, tiene negocios conmigo. Viaja, como yo, con mucha frecuencia a Inglaterra. Adquiere drogas y medicinas para su empresa. Y al mismo tiempo mercancías para mí.

—¿Qué mercancía?

—Una ligera y muy valiosa: filatelia.

—Oh, sellos. No sabía que se dedicara a eso.

—Más por afición que por negocio. Ross también es aficionado. ¿Cómo lo conoció?

—Le va a sorprender a lo mejor. Ross Laine es un agente de «El Doctor».

—Imposible —Mark Goodish parpadeó, mirándole con incredulidad—. No puedo creerlo.

—Me tiene sin cuidado. Es o era agente de él. Creo que, después de lo ocurrido, dejaría de serlo. En realidad, al parecer nada sabía de los negocios de su patrón. Un tal McDuff, auténtico enlace del «Doctor», fue quien le obligó a continuar en el asunto.

—Sigue sonando a increíble, Kirby.

—Tal vez, pero es cierto. Oiga, Goodish, ¿seguro que usted no es «El Doctor»?

Goodish soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Claro que no, Kirby. ¿Cómo se le metió esa idea en la cabeza? ¿Tengo yo cara de supercriminal?

—Los criminales nunca tienen cara de serlo. Los inteligentes, por lo menos. ¿Su amigo Laine puede confirmar su coartada de anoche, decir que usted estaba en su casa?

—Difícilmente. Ross seguía en Nueva York. Vuelve hoy o mañana a Nevada.

—Ya. ¿Y hoy, dónde estaba, cuando su esposa le buscaba por ahí, desesperadamente, creyéndole el asesino de Peggy?

—Jane es estúpida. Lo único bueno es que tiene dinero. Pero tal vez aun así, nunca debí casarme con ella. Uno vive siempre esclavizado por la fortuna de la mujer, en casos así. Y no hay cosa peor que una mujer con dinero… y un marido pobre.

—Sobre todo, si el marido se va luego con las chicas de los clubs nocturnos, ¿eh?

—Una cosa es consecuencia de la otra, Kirby. No tengo nada de qué avergonzarme. No hallé amor de verdad en mi casa, y busqué otros afectos en la calle. Es humano, ¿no?

—Todo es siempre humano. Lo bueno y lo malo, Goodish. Bien, creo que ya hemos hablado de todo un poco. ¿Le dejo por aquí?

—Sí, gracias. Daré un paseo hasta el bulevar, por la alameda sur.

—Aún no me ha dicho dónde estuvo todo el día de hoy, hasta reaparecer.

—Continuaba en casa de Ross. No quise venir. Jane y yo habíamos tenido una escena fuerte. Por eso me fui allá.

—¿Tiene usted llave de la casa de su amigo?

—Sí. A veces, hemos celebrado *partys* allí. Me quedé a dormir, pasé el día de hoy, y por último me decidí a regresar.

—¿En su «*Chevrolet*»? —sonrió Kirby, sin dar importancia a la pregunta.

—Eso es —asintió él, mecánicamente—. Siempre uso el «Crevrolet»… Eh, ¿cómo lo sabe?

—Oh, su esposa me lo mencionó —Bryan se encogió de hombros —. Bueno, Goodish, hasta siempre.

—Adiós, Kirby —saltó a la acera de la avenida donde se habían detenido, en los arrabales de Las Vegas, tras volver, por otra carretera, del breve paseo dado—. De verdad me gustaría saber quién mató a Peggy. Y que me lo dejaran diez minutos conmigo en

una habitación cerrada.

—También a mí me gustaría. Las dos cosas, Goodish. Y me temo que ya no le dejaría gran cosa de él… A veces, la justicia de los hombres es demasiado benigna con ciertos crímenes. Tiene excesivos miramientos, sin duda.

Agitó una mano hacia Goodish, y arrancó con su automóvil, alejándose de allí.

Regresó al centro de Las Vegas a buena marcha.

Al detenerse en «El Desierto», supo la noticia.

Fue Craig Thompson, menos jovial que de ordinario, tras la maldición caída sobre su establecimiento, quien salió apresuradamente, al saber que llegaba él, y le espetó la mala nueva:

—¡Kirby, Kirby! Tiene que hacer algo por ella… Su chica ha desaparecido. Nadie encuentra a Helen Loring… Solamente esto se ha hallado de ella, en una calle de Desert Road…

Señalaba algo que un policía le mostró a Bryan. Era un zapato. Un zapato color marrón y *beige*. Meneó la cabeza, afirmativo, con expresión sombría.

Sí, ellos tenían razón. Era un zapato de Helen Loring.

CAPÍTULO XI

—¿Se ha creído muy lista, verdad?

Helen Loring no se movió. Era mejor no hacerlo, con aquel contacto duro y frío contra el costado, casi en su cadera.

—No comprendo por qué hace esto —protestó Helen, sin volverse—. Usted es McDuff. Yo, Helen Loring.

—Claro. Ahora se hace la tonta, a ver si le resulta mejor persona usted y yo…

—Tiene que estar loco, McDuff. Trabajamos para una misma persona usted y yo…

—No me haga reír. Luego me duele el estómago —la voz de McDuff era tan rasposa como el papel de lija—. Mire, pequeña. Hace un siglo que sabemos que nos traiciona. Se ha unido a ese cerdo de Kirby. Ha faltado a su promesa. «El Doctor» no perdona.

—Estoy junto a Kirby para servir al «Doctor», McDuff. Usted no tiene inteligencia para comprender mi juego…

—Seguro que no. Tendré que tomar lecciones de usted, y luego alquilar un cerebro para que trabaje por el mío. ¡Vamos, estúpida, eche a andar! ¡Suba a ese coche y no haga aspavientos, o encontrarán otro cadáver muy bello y decorativo, pero horriblemente agujereado en medio de una calle de Las Vegas!

—¿Otro cadáver? —se dejó arrastrar, a empellones, hasta un coche de apariencia inocente, que había estado parado allí todo el tiempo—. Ya han dejado bastantes por medio, McDuff, usted y su maldito «Doctor». ¿O son ustedes una misma persona?

—Muy astuta. Ahora quiere sonsacarme, ¿eh? —juró entre dientes—. Puede que yo sea «El Doctor». O puede que no. El hecho es que Laine y usted fracasaron. Pero Laine ha jurado seguir actuando, antes de ser ejecutado, conforme ordena «El Doctor». Con usted no habrá tanta condescendencia. Laine, después de todo, no nos traicionó. Solamente fracasó, porque su amiguito Kirby le

arrebató las esmeraldas limpiamente. Ahora vamos a ver si es capaz de cumplir sus nuevas instrucciones. De ahí depende que él salve su vida. Estamos hartos de cobardes y de traidores.

—¿Peggy y Vicky también eran traidoras? ¿Y Duke?

—Deje de hablar, entre ahí —había abierto la portezuela del coche. De un empellón metió a Helen en el vehículo. Cayó la joven en un rincón del asiento, con las piernas en alto—. Va a dar un paseo que le gustará.

—¿A dónde?

—Cierre el pico, y será mejor. Empieza usted a cansarme.

Se sentó a su lado. Arrancó, conduciendo con una mano, mientras con la otra mantenía una automática del 32 apuntada hacia ella. Helen no se movía en su asiento, junto al enlutado McDuff, el hombre con aspecto de funerario.

—Bueno, ahora va a explicarme su juego, amiguita —refunfuñó McDuff, sin apartar los ojos de la ruta—. ¿De modo que dio con mi rastro, eh?

—No es difícil. Resulta inconfundible una vez visto, y yo estaba bien segura de que algún agente del «Doctor» andaría por aquí. Usted, Laine o cualquier otro a quién yo conociera. Indagué, hasta averiguar que en Desert Road hay muchos hoteles de clase mediana, donde se alojan los forasteros que no quieren ser vistos en esa otra Babel del placer donde todos se encuentran, que es el centro de Las Vegas.

—Y se vino a Desert Road, ¿eh?

—Eso es. Me oculté, vigilando los dos hoteles de más modesto aire. Estaba segura de hallar algo. Sobre todo, utilizando un pequeño truco.

—Y lo utilizó. Fue usted quien telefoneó a los hoteles, diciendo que preparasen los libros para una revisión policial, y un registro total de los edificios, ¿no?

—Sí —rió traviesamente Helen Loring—. Estaba muy segura de obtener algo. Cuando le vi salir apresuradamente del «West Hotel», comprendí que había estado en lo cierto. Y le seguí. Mi error fue no comprender que usted se daría cuenta, porque estaba asustado. ¿Cómo lo hizo para salirse por la espalda?

—Es simple. Al ver que me seguía, apresuré el paso, me metí por un pasaje, rodeando la manzana… y le salí detrás. Aún le falta

mucho para ser todo lo astuta que se cree.

—Creo que sí, McDuff. Veremos si aprendo la lección… —se dijo, agitando sus pies maliciosamente.

—No tendrás esa oportunidad. Ni ahora, ni nunca, «El Doctor» la ha sentenciado. Espero que confirme la sentencia cuando sepa que la tenemos en nuestro poder. Y Laine tendrá que matarla.

—Ya lo ha dicho —bostezó ella, cansada—. Me aburre usted, McDuff.

—Pues duerma. O yo me cuidaré de dormirla.

Musitando algo entre dientes, Helen se acurrucó, dispuesta a dormir. McDuff no se había enterado aún de que uno de sus pies iba descalzo. El zapato había quedado atrás.

En la misma calle de aquella zona de Desert Road, donde fue aprehendida por McDuff.

—La raptaron aquí, es evidente… Y más que perdido por Helen, me parece un rastro, algo dejado para orientarnos…

—¿Orientarnos cómo? —preguntó el teniente Powers, ceñudo—. Un zapato nada dice. Eso sí, nos aclara que la secuestraron en este lugar. Pero ¿quién? ¿Y por qué?

—¿Usted sabe a dónde fue Helen? ¿Le dijo a alguien lo que buscaba? —inquirió Bryan.

—No lo dijo a nadie. Nadie sabe nada.

—Bien. Veamos… —Los ojos de Kirby recorrieron la calle. Se detuvieron en las muestras de los hoteles de clase humilde que se alineaban en aquel sector. Una idea le saltó a la mente. Se volvió con rapidez a Powers—. Deme ese zapato, por favor…

El policía, extrañado, se lo tendió. Bryan hizo algo inesperado. Levantó la plantilla de espuma. No había nada.

—Es elemental, Kirby —sonrió Powers—. Cualquiera miraría eso. Ya lo hicimos. No pudo dejar nada escrito. ¿Cómo iba a hacerlo, sin advertirlo su captor?

Kirby no respondió. En vez de eso, giró el zapato. Aferró el tacón del mismo. Tiró de él. No cedió. Entonces probó en su parte inferior. Tenía unas pequeñas tapas aplicadas, de material plástico, para no gastar las puntas de los tacones. Tapas de color negro, en las que encajaba el tacón. Tiró de la tapa. Salió ésta. Y de su interior, un diminuto papel doblado en varios pliegues, como ajustando la tapa.

Bryan lo tomó, alzándolo triunfalmente. Sólo comentó:

—Una mujer ha de tener una razón muy poderosa para perder un zapato y no clamar para recuperarlo, aun a los propios secuestradores. He aquí la razón.

—¿Qué es eso?

—Veámoslo —desplegó el papel. Era diminuto, no mayor que una caja de fósforos. Leyó Bryan:

> «McDuff en un hotel. Lo hice salir. Voy a seguirlo. Si algo me ocurre, procuraré dejar esto. —*Helen*».

—Esa chica es un prodigio —ponderó el policía—. Buscaremos a ese McDuff. Ahora registren los hoteles, tomen datos de todos los huéspedes. Usted, Kirby, ¿qué sugiere? No me gustaría que tuviéramos pronto otro cadáver. Especialmente, parecen haberse fijado en las mujeres bonitas.

—Sí, es curioso… Bien. Helen nos dijo cuánto podía. Esperemos que aparezca. Si el tacón cayó ahí, es que de aquí mismo se la llevaron, acaso en un coche.

Un policía se acercaba ahora, con un muchacho pelirrojo y cuajado de pecas.

—Este chico dice que había ahí un «Buick» oscuro, parado bastante tiempo —explicó el policía—. Vio subir a un hombre y una chica. Dice que ella parecía borracha. Vio luego el zapato, pero no lo recogió. Otro lo hizo después, y lo llevó a la policía.

—Borracha… Eso puede significar que la entraron a viva fuerza, y el muchacho lo interpretó a su modo —dijo Kirby duramente—. ¿Sabe él hacia dónde fue el automóvil?

El pelirrojo afirmó. Señaló sin vacilar, hacia un punto. Kirby miró hacia allá. El teniente Powers habló:

—¡La carretera de Boulder City!

Kirby solamente añadió una palabra, que sorprendió a todos:

—Henderson…

Ross Laine abrió la puerta de su apartamento. Lanzó una interjección al reconocer a la mujer capturada, y sus ojos parpadearon tras los lentes.

—¡Es Helen Loring! —masculló.

—Diablo, ¿crees que no tengo ojos? —McDuff miró insultante a

la joven y su mirada le recorrió todo el cuerpo—. Ya sé que es ella. No es fácil de olvidar una chica así, Laine.

—¿Qué ha hecho con el otro zapato? —indagó el joven, sorprendido.

—Oh, eso. La muy necia lo perdió durante el viaje. Seguramente cuando la capturé, en Las Vegas.

Ross Laine frunció el ceño, pero no dijo nada. Cambió una mirada rápida con Helen, procurando que McDuff no lo observara. Luego volvió a quedarse inexpresivo. A sus espaldas, de un lavabo, llegó ruido de un grifo. Cesó de pronto, y se abrió la puerta. Apareció un hombre con la nariz aplastada y orejas de coliflor. Seguramente fue luchador en otro tiempo. Ahora parecía preferir las pistolas a los puños. Iba en mangas de camisa. Lucía una «Luger» en la sobaquera.

—¿Ya ha vuelto, McDuff? —preguntó, con voz estúpida.

—Sí, Jenks. He vuelto. ¿Todo bien aquí?

—Todo. El señor Laine se ha portado muy bien en su ausencia.

—Infiernos, ¿es que seguías sin fiaros de mí? —se lamentó—. Os he prometido cumplir órdenes, seguir siendo leal al «Doctor». ¿No es eso bastante?

—No, no es bastante. El «Doctor» pide algo más que palabras —rezongó McDuff, cruzando la sala hacia un teléfono que reposaba sobre un mueble color avellana—. Son los hechos los que cuentan, Laine. Si ahora no te portas como se espera de ti… yo sé lo que he de hacer.

Alzó el receptor y comenzó a marcar. La mirada de Laine se cruzó de nuevo con la de Helen. Jenks, el antiguo boxeador sonado, no se separaba mucho de ellos. Pero estaba contemplando estúpidamente a McDuff.

—¿Qué esperan que haga yo ahora? —gimió el joven de las gafas livianas, el mismo a quién Kirby arrebató les esmeraldas, en Nueva York.

—Eliminarme a mí —sonrió Helen serenamente—. ¿Cree que tendrá valor?

—¡Cielos, no! No puedo… hacer una cosa así…

—Entonces, nos matarán a los dos. Creo que debe hacerlo.

—No diga barbaridades.

—¿Qué espera, entonces? Si McDuff habla ahora con «El

Doctor»… no habrá otra salida…

—Pero usted… usted habrá hecho algo para que la encuentren —arguyó, desesperado, Laine—. Algo que nos libre de ellos… ¡Yo no soy un forajido ni un asesino, no puedo acatar al «Doctor», sólo para salvar la vida!

—Callen los dos —replicó McDuff fríamente—. «El Doctor» está al teléfono…

Enmudecieron los dos, con aire impresionado De un modo casi instintivo, Helen se aproximó a Laine. Esperaban el resultado de la siniestra llamada.

—¿«Doctor»? —preguntó McDuff al teléfono.

—Sí, yo mismo —respondió una voz opaca, fría y metálica, al teléfono—. Hable.

—Aquí McDuff. Helen Loring está prisionera. Quiero que me confirme instrucciones.

—Mátela.

McDuff sonrió.

—Sí, «Doctor». Había pensado en Laine para ejecutar la sentencia…

—¿Laine? Bien. Adelante. Será el modo de probar su eficiencia. Dé la orden.

—Sí, «Doctor» —colgó McDuff. Se volvió a Laine. Avanzó despacio hasta él. Miró con frialdad a Helen Loring—. Mata, Laine.

—¡No! —Se rebeló el joven con expresión angustiada.

—Mata. Es orden del «Doctor». Eso… o la muerte.

Ross Laine tragó saliva. Soltó una imprecación, estiró las manos para rechazar esa demanda… y se encontró con la «Luger» de Jenks entre los dedos. Aferró la culata. Jenks sonrió, divertido.

—Lo siento… de veras, señorita Loring —musitó Laine, tenso—. De otro modo… nos matarían igualmente a los dos.

—Claro, Laine. Dispare sin miedo. Y atine a la primera. Será mejor… —le alentó ella con una impavidez admirable.

Ross Laine levantó la «Luger». Apretó despacio el gatillo, con el cañón fijo en la cabeza de la joven. Luego, de pronto, empujó con mayor fuerza. Brotó el disparo.

Luego hizo otros dos en rápida sucesión. Las detonaciones se confundían, tan rápidos eran los tiros.

Pero no había apuntado a Helen Loring. Al apretar el gatillo,

giró la mano armada. Muy poca desviación hizo falta. Sus balas iban destinadas a McDuff y a Jenks.

Les cogió desprevenidos a los dos, pese a sus recelos. No advirtieron con tiempo suficiente lo que se les venía encima.

Cuando quisieron reaccionar, era tarde.

Helen Loring, mortalmente pálida, vio rodar de bruces, sobre el pavimento, a los dos captores. El exboxeador de rostro achatado y el enlutado McDuff.

Este último había intuido la acción de su compañero. Demasiado tarde intentó evitarlo, desenfundando su propia arma para disparar. Pero la bala se le alojó en el cuello. Ciertamente, Laine había sido un verdugo compasivo.

Ninguno sufrió. Ni Jenks ni McDuff. Murieron en el acto.

—¡Cielos, Laine! —exclamó ella, estupefacta—. ¿Usted sabe lo que ha hecho…?

—Sí. Terminar con dos asesinos, y hacer un bien a la humanidad. No temo al «Doctor», ni a cien doctores. Y no podía matarla a usted, Helen. Ya han abusado demasiado de mí. Esto será el final… o la liberación definitiva.

En la calle, fue perceptible un ulular lejano. El ruido llegó hasta ellos, en el piso de Laine, en la población de Henderson.

—La Policía —dijo Helen, sorprendida—. Eso significa que encontraron mi zapato. Estamos salvados…

El joven miró los cuerpos sin vida de sus antiguos compañeros y no dijo nada. Parecía terriblemente impresionado por la dramática decisión que hubo de tomar en un solo instante.

Cuando el coche de la Policía de Las Vegas se detuvo ante la casa, los primeros en subir y franquear la entrada al piso de Laine fueron el teniente Powers y Bryan Kirby.

—¡Oh, Bryan, querido! —estalló Helen.

Y aunque le pareció que era terriblemente vulgar y novelesco, se lanzó en brazos de Kirby.

—Estoy bien, Bryan, estoy bien… —se apresuró a explicarle—. Gracias a Laine…

Kirby no dijo nada. Hubiera querido decir muchas cosas. Pero no le gustaba demostrar sus debilidades en público. Sin embargo, a Helen le resultó muy expresiva su manera de abrazarla, de oprimirla contra sí.

El teniente Powers contempló los cadáveres. Luego alzó la cabeza hasta Laine, y opinó:

—Señor Laine, creo que ha terminado usted con dos asesinos peligrosos. Pero en lo sucesivo tendrá que protegerse muy bien… al menos hasta que demos caza al «Doctor».

—No tema, teniente. Eso creo que llegará pronto —dijo Bryan Kirby con una sonrisa—. «El Doctor» es muy ingenioso. Pero ha cometido muchos errores. Está a punto de caer, y él lo sabe.

—Por ese teléfono habló McDuff con él, hace un momento —indicó Helen—. ¿No se podría localizar el número de la última llamada hecha desde aquí? Tal vez así, «El Doctor» sea por fin acorralado, antes de que tenga tiempo de huir.

El teniente Powers acudió al teléfono, lo descolgó y marcó el número de la central telefónica de Henderson. Iba a ocuparse de esa tarta.

Bryan Kirby no parecía demasiado interesado por ello. Estaba cuidando todavía de Helen.

Poco después, el teniente informaba en voz alta:

—Tendremos enseguida el número y el lugar a que corresponde la llamada. El cerco se estrecha…

Kirby no comentó nada. Todos parecían esperar. Laine, humedeciéndose los labios, permanecía tenso, pendiente de la llamada policial que podía servir para dar con el paradero del misterioso Comunicante de McDuff.

Por fin el aviso al otro lado del hilo. Y el rápido informe de Powers a sus agentes:

—Henderson,

13-2-46.

Sunset Highway, North Point… número 159. ¡Pronto, todos allá!

Dos policías corrieron escaleras abajo, obedeciendo al teniente. Powers se dispuso a salir tras ellos también. Extrañado, al ver que Kirby no se movía, volvióse y le interpeló:

—¿Qué le ocurre ahora? ¿No va a venir allá?

—No, teniente. Sería perfectamente inútil, teniendo a quién tengo aquí.

—Oh, sí, tiene a su bella y amada Helen. ¡Pero vamos detrás del «Doctor» ahora!

Bryan Kirby rió entre dientes.

—Mi querido teniente, me defrauda usted. Se deja engañar por trucos vulgares. ¿Ha creído seriamente alguna vez que encontrará a su hombre en esa dirección? Vamos, teniente…

—Pero… ¡pero uno de ellos habló con el «Doctor», a ese mismo número! ¡Tal vez no haya levantado el vuelo aún!

—Teniente Powers. El «Doctor» siempre ha utilizado el mismo juego con nosotros y hemos caído en su trampa: convencernos de que el «Doctor» tenía que ser otro, cuando *teníamos al verdadero delante de nuestras narices.*

—¿Eh? ¿Qué es lo que dice?

—Por Dios, teniente, eche una mirada aquí mismo, y lo sabrá —bostezó Kirby—. Yo no me refería a tener aquí a Helen… sino a otra persona que también está con nosotros. *«El Doctor» en persona…*

Y estaba señalando directamente a Ross Laine.

CAPÍTULO XII

—Ross Laine… Asalariado y patrón a la vez. Subordinado y jefe.

—Eso es. Comparsa y primer actor. Era su juego. Uno puede sospechar de mucha gente. Pero nunca se le ocurrirá imaginar que el mayordomo que le abre la puerta de una casa es el rico propietario de la misma. La idea era ingeniosa. Pero Ross Laine tenía que ser el jefe.

—¿Por qué? —quiso saber el teniente Powers, mirando a Bryan Kirby con mal disimulada admiración.

—Laine tenía demasiada personalidad para ser un esbirro. La historia de que trabajase con «El Doctor» ingenuamente era extraña. Un hombre no puede ser tan tonto de vivir engañado. Y Laine no era tonto. McDuff parecía mandar sobre él, vigilarle… pero siempre pendiente de órdenes. Ordenes de un teléfono, de una voz que unas veces podía ser grabada y otras hecha por cualquiera. Eso lo imaginó ya al contarme Helen Loring la forma en que «El Doctor» se relacionaba con su gente. Nadie lo veía jamás. Podía ser el jefe quién hablaba, o ser otro. Incluso podían hablar con un falso «Doctor»… en presencia del auténtico. Esa idea me preocupó. Luego, al saber que Ross Laine tenía una vivienda tan cerca de Las Vegas, me sorprendí. Eran demasiadas casualidades. Y todo en Laine parecía tan limpio, tan inconsciente… Pero viajaba a Inglaterra con frecuencia. Utilizaba aviones, según él mismo dijera… y era un experto formidable en esmeraldas, aunque demostrase lo contrario.

—Ha sido, pues, un descubrimiento puramente intuitivo, ¿no, Kirby?

—No del todo. En Nueva York me asombró que las esmeraldas, en vez de guardarlas McDuff, fuese Laine quien las tuviera. Evidentemente, la orden del «Doctor» era tajante: sólo Laine debía tenerlas en custodia. «El Doctor» demostraba fiar demasiado en un

hombre que luego iba a aparecernos como un agente equivocado, y ahora como un traidor, resuelto a ayudar a Helen Loring.

—Ese punto no está claro, ¿eh, Kirby? ¿Por qué ayudó a Helen en vez de matarla? Si la había secuestrado, sería por algo.

—Recuerdo que él no la secuestró. Ni tenía tal intención. Fue McDuff quien, al verse descubierto, creyó hacer un favor a su jefe. Laine ocultó su ira como pudo. Helen Loring, prisionera, podía ser un serio problema. Descubrió enseguida que iba sin zapato, prueba de su perspicacia. Y, como yo mismo, dedujo de ello cosas poco halagüeñas para él. Por fortuna aparentemente era una víctima del «Doctor». Su astucia le hizo jugar la mala pasada a los dos. McDuff no se fiaba de él, porque ignoraba que él fuese «El Doctor». Pero Jenks, el guardaespaldas, debía tener confianza en él. Por eso no pudo evitar la muerte, cuando Laine dirigió hacia ellos la pistola de Jenks y les asesinó.

—Pero de ese modo destruía a dos de sus valiosos elementos…

—Y ganaba una baza importante. O creía ganarla. Se quedaba con Helen Loring, demostrando a la Policía que debía estar cerca, siguiendo el rastro de aquel zapato, que él era un hombre honrado. Y de paso, McDuff, un agente algo molesto y ambicioso, desaparecía de la escena. Le mató de un tiro certerísimo, como a Jenks. Recuerden que «El Doctor» tenía que ser un tirador muy certero, muy hábil… Lo hemos comprobado en sus dos crímenes: la muerte de Vicky y la de Duke… Sabe tirar rápido y preciso. No vacila nunca en matar.

—Cielos, todo eso está bien. Pero ¿por qué mató a Vicky y a Duke?

—Tuvo que arriesgarse. Duke era agente suyo. Tenía orden de matarme. Sólo que Duke era un inepto, y había puesto difíciles las cosas. Creo que, en realidad, sólo quería matar a Duke. Pero Vicky le vio. Ella podía identificarle. Tuvo que matarla también, y huir luego en un coche rápido y seguro, para llegar a Henderson con celeridad. Duke nos hubiera dicho, posiblemente, muchas cosas, de poder capturarlo. Quizá, incluso, conocía a Laine bajo su auténtica personalidad.

—Bien. El caso está archivado. Usted ha sido un diablo en habilidad, Kirby. De no descubrir a Laine, nadie lo hubiera hecho. Creo que se ha ganado merecidamente su libertad.

—Gracias, teniente. ¿De veras puedo regresar a Inglaterra cuando quiera?

—Claro, puede hacerlo cuando guste. Yo le facilitaré las cosas —miró, con una sonrisa, a Helen Loring, sentada en el asiento posterior del vehículo policial, de regreso a Las Vegas—. A los dos… Pero las esmeraldas se quedarán aquí, Kirby. Serán devueltas a Colombia. ¿Sabe que hay una fuerte recompensa por ellas? Tal vez, incluso, le premien por haber facilitado su hallazgo…

Bryan Kirby se echó a reír.

—Sí, la vida tiene cosas raras —admitió—. Aparte de ser una grata sorpresa, recibir dinero por algo que uno ha pasado de contrabando, no dejaría de constituir un detalle pintoresco, quizá el primero en mi carrera.

El policía de Las Vegas se echó a reír de buena gana.

—Es usted incorregible, Kirby. Cualquier día le veo nombrado *Sir* por Su Majestad.

—No, no. Su Majestad debe ser una de las pocas personas en el mundo que no se dejarían engañar por las apariencias. No creo que nunca me conceda un título nobiliario, sinceramente…

—¿Se queda aquí, Kirby?

—Sí, por favor.

—Pero aún estamos lejos del centro de la población… Ésta es la zona residencial.

—Lo sé, teniente. Helen, tú puedes seguir con el coche hasta el centro. Nos reuniremos allí más tarde.

—No, Bryan. Ahora que hemos vuelto a encontrarnos, después de creerme que moriría sin remisión, no me gusta dejarte solo.

—Querida, es sólo una visita de cortesía. Quiero despedirme de unos amigos. Haz lo que te digo. Espérame en «El Desierto», tomando algo. Te prometo brindar contigo antes de la medianoche, celebrando nuestro triunfo. ¿De acuerdo, Helen?

Ella suspiró, asintiendo:

—De acuerdo, Bryan. Supongo que todo otro empeño sería inútil.

—Perfecta y totalmente inútil —aseguró Kirby, con una encantadora sonrisa—. *Au revoir*, querida.

El coche de Powers se dispuso a continuar. Kirby, en la acera de

la avenida de residencias, se quedó contemplándolo. Ya era noche cerrada. La iluminación de Las Vegas, al fondo, era como un ascua de luz. Allí, la luz era más tenue. Solamente el alumbrado de las calles, bajo los árboles, y algunos porches y ventanales.

—Ah, Kirby —recordó de pronto Powers—. Para cerrar el sumario, falta explicar cómo mató «El Doctor», o Ross Laine, a Peggy Storm. Fue un crimen muy audaz, y muy difícil. Sin duda, mientras otro disparaba, él le arrancó las esmeraldas del cuello, o viceversa, ¿no es cierto? No pudo ser obra de una sola persona…

—Evidentemente, no pudo hacerlo todo una persona. El factor tiempo lo impide. No existió el suficiente para disparar, cruzar la sala, quitarle las esmeraldas y desaparecer. Pero usted sabe bien que las esmeraldas las tenía Laine. De modo que sólo le falta encontrar a la persona que disparó… Suerte, teniente.

—Gracias. ¿Usted a dónde va ahora?

—Tengo que ver a unos jóvenes y simpáticos amigos, los Goodish. Jane y Mark Goodish. Es una despedida puramente amistosa.

—¿Hay una mujer por medio? —Helen frunció el ceño—. Seguro que trata de conquistarte…

—No, no. Jane Goodish no es de ésas, querida —sonrió Kirby—. Además, ama locamente a su marido, estoy seguro…

Powers arrancó. Helen no se iba muy convencida. Bryan Kirby borró su sonrisa al quedarse solo. Emprendió lentamente el camino, a través de las alamedas del barrio residencial.

CAPÍTULO XIII

—¡Kirby! ¿Usted de nuevo? Le dije que…

—Sí, sí, ya recuerdo lo que me dijo. No quería verme otra vez aquí. Le ruego me perdone, señora Goodish. Es la última que lo haré. Tiene mi palabra.

—¿Su palabra?

—Eso es. La palabra de Bryan Kirby vale algo, señora Goodish.

—Me han dicho que es usted un contrabandista, una especie de bandolero internacional. ¿Cómo puedo confiar en su palabra?

Kirby la contempló sonriente, bajo la luz del porche. Era esta tenue, azulada. Daba intimidad y un color de falsa noche cinematográfica al lugar. Como un decorado en tecnicolor. La señora Goodish estaba bella, señorial y distante, bajo aquella claridad.

—Señora, los pillos tenemos nuestro código del honor. Hice un pacto con un policía. Acabo de cumplir mi parte. Le entregué a un asesino. Él va a cumplir la suya.

—¿Un asesino?

—Sí, señora Goodish. Ya no deberá temer por las posibles apariencias de culpabilidad de su esposo. Tienen al asesino.

—¿Eso es cierto? —Le miró agitadamente, con ojos muy abiertos —. ¿Quién era?

—Oh, un individuo escurridizo y peligroso como pocos. Pero a veces, hasta el más astuto comete ingenuidades que le pierden. Si no fuera así, ¿cómo caerían los asesinos?

Jane Goodish le miró fijamente. Suspiró, haciéndose a un lado.

—Entre usted, Kirby —invitó—. Siempre termina por ganarme la partida, y le invito a entrar. Pero, como usted ha dicho, ésta es la última vez.

—Muy bien, señora. Gracias por la hospitalidad de esta noche… —La siguió hasta el mismo gabinete de la tarde. Sonrió al añadir—:

Whisky solo. Dos dedos. Y medio de soda.

Ella sonrió también, sirviéndoselo. Se preparó el mismo combinado de antes. Sentóse igual que antes. Sólo que ahora llevaba falda, en vez de una bata. Exhibió mucho más. El suave nylon lo hacía más incitante.

—Se siente usted generosa esta noche, ¿verdad, señora Goodish? —dijo suavemente Kirby, tomando un sorbo de licor.

—¿Generosa? —Le miró de hito en hito—. ¿Por qué había de sentírmelo? No soy una mujer generosa. Ni siquiera con mis afectos.

—¿Ni siquiera… con Mark?

—Mark es diferente —su pecho latió agitadamente, se estremeció bajo la blusa de color magenta—. Muy diferente. Nunca amé a nadie más que a él. He sufrido mucho últimamente…

—¿Por culpa de Peggy Storm?

—Sí. Hubo otras antes. Pero ninguna como Peggy. Le traía loco. Yo advertía que era algo profundo y terrible lo que nos separaba. Como una sima. Estaba perdiendo a Mark.

—¿Fue realmente suyo alguna vez?

—No lo sé. Quería creer que sí. Pero tal vez me limité a comprar un marido guapo y arrogante. Es lo malo de estos matrimonios.

—Sí, eso es lo malo, señora Goodish. El dinero, a veces, es un obstáculo. Sobre todo entre hombre y mujer…

Ella afirmó en silencio, se aproximó al ventanal, asomado al jardín oscuro y silencioso de la casa. Kirby interrogó suavemente, tras la pausa:

—¿Está aquí ahora?

—¿Mark? Oh, no. No quiere estar. Lo advierto, lo noto a cada momento. No es feliz. Creo que nos marcharemos de aquí una temporada, ahora que ha pasado todo… Tal vez entonces recupere a Mark… o lo gane por primera vez, no lo sé.

—Ahora, al menos, cree tener una oportunidad de luchar, ¿no es cierto?

—Sí, la tengo.

—En vida de Peggy Storm, ¿tenía alguna posibilidad?

—No —confesó en un murmullo estremecido—. Creo que ninguna. Ella le dominaba, ella lo era todo. La carne, la pasión, todo…

—Y por eso la mató, ¿verdad, señora Goodish? —inquirió

suavemente.

Ella se quedó rígida. De su mano escapó el vaso de licor. Se estrelló en el suelo del gabinete, dejando un charco verde de ginebra y menta.

—¿Qué… qué ha dicho? —susurró, estremecida.

—Me ha oído perfectamente, señora Goodish.

—Es… es una pregunta absurda… Usted mismo acaba de decir… que han capturado al asesino…

—Al asesino de Vicky y de Duke, señora Goodish. Nunca dije que fuese el asesino de Peggy Storm. Ni tampoco él lo confesó jamás. Robó las esmeraldas, eso sí. Mejor dicho, su agente Duke las robó para él. Para «El Doctor». Aprovechó, simplemente, una circunstancia fortuita, que no tuvo nada que ver con las esmeraldas, pese a lo que todos creíamos: el asesinato de Peggy Storm.

—No puede acusarme de eso. Es… es ridículo. Yo no voy nunca por el club, no he estado jamás allí… ¿Cómo iba a hacer nada a esa mujer?

—Es fácil entrar sin ser visto, mientras actúa Peggy Storm. Se apagan casi todas las luces para dejarla a ella encuadrada en un foco. He observado que ese foco, en números así, se mantiene fijo sobre la figura. Es un blanco perfecto, señora Goodish, para una buena tiradora. Y usted lo es.

Su mano señaló el muro. Hacia la panoplia de armas, donde había pistolas y rifles. Uno de ellos, muy pequeño de calibre, y de un lujo femenino en el modelo.

—Observé ya antes esa serie de piezas de caza, y de tiro al blanco. Me pareció que eran una digna serie para su esposo… salvo ese rifle tan pequeño y tan femenino, que descubría algo: usted también sabe tirar. Y muy bien, ¿verdad, señora Goodish?

—Sí —aceptó en un murmullo—. Pero eso no significa nada…

—Como le decía, es fácil entrar en «El Desierto», durante el número de Peggy. Es fácil llevar una capa de pieles o algo así, y debajo el pequeño rifle, mortífero a esa distancia. Usted espera, pacientemente. Ha entrado otras muchas veces. Ha estudiado hasta el más mínimo detalle del lugar. Posiblemente entra vestida de mujer llamativa, con ropas muy diferentes a las suyas habituales, con una peluca artísticamente peinada, con un rostro retocado en exceso… Algo tan desusado en usted, que nadie asocia a una mujer

con otra. Ha visto dónde están los interruptores. Crea un corte de fluido. Luego, se sitúa en su posición prevista. Dispara. Peggy cae. Con un silenciador, el disparo no llega apenas a ser percibido, sino como un taponazo de champaña. Se marcha, en la confusión del apagón. Peggy Storm ya está muerta.

—¡No es cierto!

—Mark ya está recuperado… a costa de una vida —prosiguió Bryan Kirby gravemente—. Es un alto precio, señora. Además, pagado por nada. Mark sigue sin pertenecerle, sin amarla. Sólo quiere su dinero. Y aventuras por ahí.

—¡No, no, no! —repitió, frenética, la mujer—. ¡Mark es mío, ahora me pertenece!

Se inclinó sobre el mostrador del mueble-bar. Se irguió. No era una copa lo que empuñaba, sino algo coquetón, en nácar y metal niquelado. Un juguete peligroso. Una pistola calibre .22. A aquella distancia, su disparo era mortal. Y la mano de la señora Goodish no templaba al apuntarle. Sus ojos centelleaban.

—Le mataré, si es preciso —dijo roncamente—. No se interpondrá usted entre Mark y yo… ¡No lo hará! Ahora que puedo luchar por él… ¡lucharé! Ya no existe ella, la rival. Perdió su batalla…

—Hay quién la gana después de muerto, señora.

—¡Calle! ¡Calle, o le mato ahora mismo, Kirby! —chilló, rabiosa, lívida—. ¡Esa mujer no puede triunfar! ¡Era una mujerzuela, una cualquiera, que fascinaba a los hombres! ¡Y yo, que soy distinguida, elegante, rica, toda una dama, ávida de ofrecérselo todo a Mark, de hacer su voluntad… me veía humillada día tras día! ¡Es injusto, es cruel, es… es monstruoso!

—Posiblemente, señora Goodish. Pero una bala no le dará la razón. Matar es siempre más monstruoso…

—Lo hice por mi felicidad —confesó ella—. Lo haría otra vez… ¡y mil veces, si es preciso! Usted no se interpondrá, maldito Kirby. No, usted no. Su vida no merece la pena. Es un aventurero, un rufián… ¡Y yo, una mujer digna que puede ser feliz sólo con que usted desaparezca!

—Me da pena —suspiró Kirby—. Luego sería otro… y otro… Es una cadena, señora. Una cadena de horrores. Deme esa pistola. Aún pueden evitarse muchas cosas peores…

—¡No! ¡No se acerque! —gritó ella—. ¡Dispararé!

—No me importa —Kirby se había puesto en pie. Sus ojos helados se fijaban en ella, dominantes—. Deme la pistola.

—¡No! ¡Dé un paso más y disparo!

—Lo voy a dar, señora Goodish… a pesar de todo. Si aprieta el gatillo, será asesina por segunda vez.

—No me importa —dilató mucho los ojos al verle venir—. ¡No siga! ¡Voy a disparar!

Sí. Iba a hacerlo. A pesar de ello, Kirby no se detuvo. Siguió adelante.

Pudo haber muerto. En ese mismo instante…

Pero en la ventana hubo un ruido, un estrépito. Algo pesado se estrelló en los cristales, los quebró ruidosamente. Del jardín llegó una voz aguda:

—¡Kirby! ¡Kirby!

Ella giró la cabeza, furiosa, desconcertada, con el índice temblando en el gatillo.

Bryan saltó sobre ella. De un tirón, le arrancó el arma. Un formidable bofetón arrojó a la mujer contra un sofá. Allí, se encogió, rompiendo a llorar.

Había perdido la partida. Y lo sabía.

En el ventanal, apareció alguien. Helen Loring, muy pálida y asustada.

—¡Bryan! ¿Estás bien? —exclamó, con inquietud.

—Sí, pequeña. Muy bien —sonrió Kirby—. ¿Tú rompiste la vidriera?

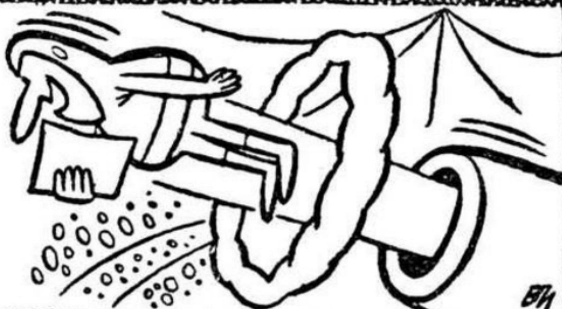
—Sí. Vi la figura de ella. Me pareció armada… Ya había sospechado algo. Por eso hice parar a Powers. Y volví corriendo en busca tuya. No, tú no podías hacer visitas amistosas… Y recordé que la muerte de Peggy aún no estaba clara.

Bryan Kirby tomó aliento. Casi era la primera vez que podía hacerlo, en mucho tiempo. Justamente desde que Attenborough le encargara su maldita tarea.

—Ahora sí, Helen —concluyó—. Ahora todo está claro…

FIN

CUALQUIER
MOMENTO
ES BUENO...



...PARA LEER

El DDT

LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA
DE TODOS LOS TIEMPOS

SOLO CUESTA 2'50 PTS

UNA COLECCION
"de ahora",
CON AUTORES
"DE TODOS LOS TIEMPOS"



OBRAS MAESTRAS, PARA LA JUVENTUD, DE LA LITERATURA UNIVERSAL



Profusamente ilustrados, encuadernados en cartoné con sobrecubiertas esmaltadas

A TODO COLOR

al increíble precio de 25 ptas.



COLECCION

IRIS

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L. Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - CIUDAD TRUJILLO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar,, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUNCION.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

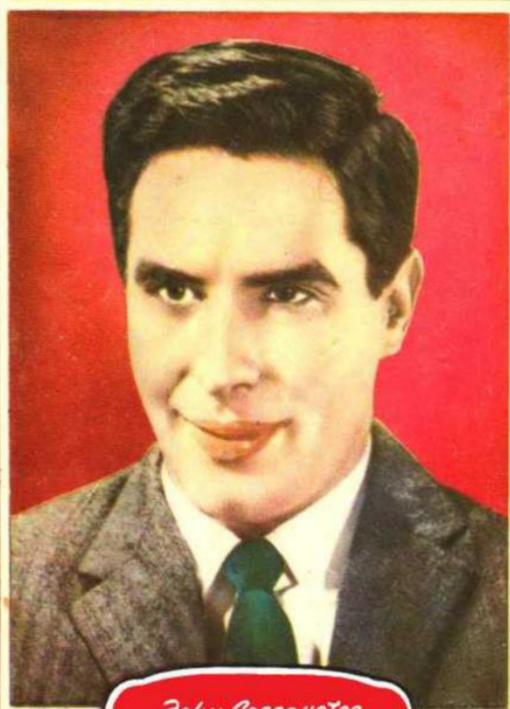
PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS





Nacido en Nueva York en 1929 y casado con Gena Rowlands, también actriz cinematográfica. De la televisión pasó al cine con la película «Taxi», logrando la popularidad en «Crimen en las calles» y «Al filo de la ciudad».

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 6 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

NOTAS

[1] Storm: Tormenta, temporal. A eso alude Kirby, al referirse al «ruidoso apellido». < <